

LOS HOMBRES de la historia

38

la Historia Universal a través de sus protagonistas

Franklin

Raimondo Luraghi

Centro Editor de América Latina

LOS HOMBRES de la historia

38

El 17 de enero de 1706 nació en Boston (Massachusetts), Benjamín Flanklin. La época del iluminismo no había despuntado aún en Europa, ni Franklin, más tarde, hubiera podido definirse del todo como iluminista: pero él marcharía a la cabeza del gran siglo que tiraría abajo el trono de los reyes absolutistas y vería surgir y afirmarse una nueva concepción de la sociedad humana, fundada en la razón.
Espíritu de continua e inquieta iniciativa, más que ningún otro sembró la semilla de la ideología típica de la sociedad americana septentrional, fundada en el comercio, las finanzas y la industria y proporcionó a sus connacionales - y también a los europeos - una norma para los siglos venideros: la de rehuir el provincialismo miope, la de comprender y aceptar que una cultura no es tal si no es internacional y cosmopolita.
Periodista cáustico y mordaz, hábil comerciante, hombre de ciencia dotado de una excepcional capacidad de observación (fue el inventor del pararrayos) daría asimismo pruebas de sus condiciones como estadista cuando las circunstancias hicieron necesaria su intervención.
Cuando murió en Filadelfia a la avanzada edad de 84 años - el 17 de abril de 1790 - toda América lo lloró y en primer término la ciudad que quiso acompañarlo en masa a su última morada. El Congreso de los Estados Unidos decretó un mes de duelo; en París, la Asamblea Constituyente, un duelo de tres días propuesto por Mirabeau.
No sólo América, sino Francia, Europa, el mundo entero, sintieron la gran pérdida. Pero también comprendieron que cuando muere un benefactor de la humanidad, su herencia perdura a traves de los siglos. No efímera, como los imperios de los conquistadores y de los tiranos, sino eterna; perenne lámpara para alumbrar las tinieblas, fuente de calor, de luz, de civilización para las épocas por venir.

**Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S. p. A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Franco Occhetto, Andreina Rossi Monti.**

38. Franklin - La revolución francesa y el período napoleónico

**Este es el cuarto fascículo del tomo La revolución francesa y el período napoleónico.
La lámina de la tapa pertenece a la sección La revolución francesa y el período napoleónico del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.**

Ilustraciones del fascículo Nº 38:
Han sido proporcionadas por Arborio Mella, Milán.

Traducción de Susana Bahamonde

**Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en febrero de 1969.**

Franklin

Raimondo Luraghi

1706
17 de enero. Benjamín Franklin nace en Boston (Massachusetts).

1723
Franklin abandona Boston y se establece en Filadelfia (Pensylvania).

1724
Realiza su primer viaje a Europa.

1725
Publica en Londres su primer libro: *Disertación sobre la libertad, la necesidad, el placer y el dolor.*

1726
Regreso a Filadelfia.

1729
Se inicia la publicación de la "Pennsylvania Gazette".

1730
Boda con Deborah Read.

1732
Funda la primera biblioteca pública en Filadelfia y comienza la publicación de "Pobre Ricardo".

1740
Estalla la guerra de sucesión austríaca. El conflicto entre Francia e Inglaterra se extiende a América.

1746
Franklin recibe en Boston las primeras noticias sobre los experimentos eléctricos en Europa. Comienza a estudiar el fenómeno.

1747
Propone la organización de grupos de milicianos para la defensa de Pennsylvania contra los franco-españoles.

1748
Paz de Aquisgrán.

1749
Franklin envía una memoria acerca de la identidad del fluido eléctrico y el rayo a la Royal Society de Londres.

1752
Experimentos llevados a cabo en Francia y en Pensylvania prueban la exactitud de la teoría de Franklin sobre el rayo.

1756
Estalla la guerra de los Siete Años. Choque entre Inglaterra y Francia en América.

1757-1762
Segundo viaje de Franklin a Europa.

1763
Tratado de París. Todas las posesiones francesas de América septentrional se pierden y el Canadá pasa a Inglaterra.

1764
Franklin es elegido *speaker* de la Asamblea de Pennsylvania.

1765
Parte en su tercer viaje a Europa. El gobierno y el parlamento británicos sancionan la ley de sellos: comienza la agitación en América.
Octubre: Se reúne en Nueva York el Primer Congreso de las Colonias.

1766
Franklin expone el punto de vista americano ante la Cámara de los Comunes. La ley de sellos es anulada.

1767
Franklin se dirige a París y es recibido por Luis XV.

1770
Masacre de Boston. Comienza una nueva crisis entre las colonias e Inglaterra.

1773
"Revuelta del té" en Boston.

1774
Se reúne en Filadelfia el Segundo Congreso de las Colonias de América.

1775
Franklin vuelve a América y es designado miembro del Congreso continental por la Asamblea de Pennsylvania.
18 de abril. Batallas de Lexington y Concord. Comienza la revolución americana. Franklin es designado por el Congreso para dirigir la política exterior de los rebeldes.

1776
4 de julio. Declaración de la independencia de las colonias de América, redactada por Jefferson con la colaboración de Franklin.
Otoño. Franklin se dirige a Europa como plenipotenciario de los rebeldes ante el gobierno francés.

1777
Derrota de los americanos en Long Island. Nueva York cae en manos inglesas. Los ingleses conquistan Filadelfia.
17 de octubre. Gran victoria americana en Saratoga.

1778
6 de febrero. Franklin firma el tratado de alianza entre los Estados Unidos y Francia. Inglaterra declara la guerra a Francia.
20 de mayo. Franklin es solemnemente recibido por Luis XVI en Versalles.

1779
España entra en el conflicto de parte de los americanos.

1780
También Holanda se alínea con los americanos.

1781
17 de octubre. Las tropas británicas de América se rinden cerca de Yorktown.

1783
3 de setiembre. Franklin, junto con los otros emisarios americanos, firma la paz con Inglaterra en Versalles.

1785
Retorna definitivamente a América de su cuarto viaje a Europa. Es elegido presidente de Pennsylvania.

1786
Es enviado como representante de Pennsylvania a la Convención Constituyente.

1787
17 de setiembre. Firma la Constitución de los Estados Unidos.

1790
Benjamín Franklin muere en Filadelfia a la edad de 84 años.

1



2



3

1. Franklin tipógrafo, en 1721.
(Archivo Bettmann).

2. Franklin tipógrafo, retrato de C. E. Mills. Franklin Union, Boston
(Archivo Bettmann).

3. Franklin adolescente. Grabado en madera
(Archivo Bettmann).

"Eripuit coelo fulmen sceptrumque tyrannis"
(Turgot)

La ciudad sobre el mar

Al despuntar el siglo XVIII, Boston, capital de Massachusetts, había alcanzado el desarrollo de una gran ciudad. Lejanos eran aquellos tiempos en que un puñado de audaces, extenuados por un travesía peligrosa y aventurada, había fundado la colonia en una tierra que a primera vista parecía inhóspita y salvaje; atrás quedaban los tiempos en que Boston, convertida en ciudad floreciente, se había visto amenazada de destrucción por una gran insurrección indígena que había casi empujado a los colonos blancos al mar. Ahora Boston se había desarrollado y florecía. El puerto, el gran puerto, maravillosamente protegido de los furores del océano, rebosaba de naves. En todos los mares avanzaban los hijos de la Nueva Inglaterra, audaces y aventureros, duros y resueltos, dispuestos a la conquista y al lucro. En el puerto, una junto a otra, se acumulaban las balleneras de redondos flancos, capaces de desafiar impunemente las cóleras del Atlántico.

Los *clippers*, ágiles y veloces, prontos a partiro recién llegados del Extremo Oriente después de haber doblado el cabo de Hornos cargados de porcelanas, sedas y maderas preciosas; los bergantines, toscos y cuadrados, que ejercían el comercio con la madre patria haciendo todos los meses la ruta hacia los puertos de Gran Bretaña, o que procurabaan ganancias inauditas a la colonia de Massachusetts cargando esclavos negros en la costa de África y descargándolos en las colonias del sur, en tal abundancia, que éstas, inquietas, habían protestado en vano contra aquel torrente de "marfil negro" derramado sobre su suelo por los intrépidos, despiadados y hábiles navegantes de la Nueva Inglaterra.

Así afluía la riqueza a Boston; se acumulaba en las casas de los ricos, de altas fachadas de ladrillo cocido, en los salones discretos, en las grandes habitaciones de muebles de caoba. Milk Street era uno de los centros vitales de Boston: allí se encontraba la "Old South Meeting House", uno de los templos puritanos más célebres y renombrados; y en verdad, toda la ciudad parecía apretarse en torno a los edificios sacros, de agujas audaces y severas, donde resonaba la palabra rígida y fuerte de los predicadores puritanos que amonestaban, censuraban, incitaban a la sobriedad y al trabajo continuo, a la ganancia concebida como justo premio de Dios por la laboriosidad de su pueblo elegido. La voz poderosa, la oratoria redundante y rígida de Cotton Mather, dominaban las reuniones de la Old South. Uno de los que la frecuentaban, a menudo llamado a entonar los salmos debido a su voz armoniosa, era un artesano nacido en Inglaterra pero establecido en Boston desde 1683: Josiah Franklin, padre de numerosa progenie. Fue en la familia de Josiah Franklin que nació Benjamín Franklin el 17 de enero de 1706 (o si se prefiere, el 6 de enero, ya que en aquel tiempo los países de lengua inglesa no habían aceptado todavía el calendario gregoriano). El mismo día el pequeño fue llevado, bien envuelto en mantillas, a la Old South (que se levanta en la esquina de Milk Street) para ser bautizado en presencia de sus numerosos hermanos y hermanas. La familia Franklin era la de un acaudalado artesano que hacía buenas ganancias con una fábrica de jabón y velas ,y en ella creció Benjamín, especialmente mimado por el tío, cuyo nombre llevaba. A su alrededor se desarrollaba y prosperaba la ciudad marítima. El mundo de la época colonial todavía estaba lleno de aventura y leyenda. Benjamín recordaría después en los años de la madurez, que cuando él tenía apenas 12 años, el famoso pirata Teach, llamado "Barbanegra", fue muerto en un furioso combate.

Benjamín Franklin, que en los años sucesivos llegaría a dominar una cultura sorprendente, no recibió mucho, según parece, de las escuelas que frecuentó en Boston. Su talento se desarrollaba poderosa pero lentamente; como Hegel, llegaría a sus realizaciones más altas en los años de la madurez. Del padre recibió una mejor educación: éste lo llevaba a menudo consigo a ver los albañiles, herreros y carpinteros al trabajo. Fue ésta una escuela de inestimable valor; versátil, el muchacho aprendía un poco de todos los oficios y desarrollaba en él la habilidad para los pequeños trabajos mecánicos, habilidad que habría de llevarlo mucho más allá del nivel artesanal, hasta alcanzar a ser uno de los inventores más significativos de su época.

El padre, entre tanto, lo observaba, deseando descubrir hacia qué oficio se inclinaba el hijo. Finalmente, después de haber pensado orientarlo en el trabajo de cuchillero, llegó a la conclusión de que la gran pasión de su hijo eran los libros. Justamente en aquel período, James Franklin, hermano mayor de Benjamín, había vuelto de Londres, adonde se había dirigido para aprender el arte de la tipografía y había traído consigo el material indispensable para instalar un taller. A él, por lo tanto, le fue confiado el joven Benjamín, con el fin de que aprendiera el oficio de tipógrafo. No sería comerciante, ni hombre de mar, ni ninguna otra cosa: toda su vida estaría ligada al libro. Analizándolo más idealmente, podemos decir que Benjamín comprendió bien pronto su misión: iluminar las mentes, ayudar a los hombres a aprender y a comprender. La época del iluminismo no había aún despuntado en Europa, ni Franklin, más tarde, hubiera podido definirse totalmente como iluminista, pero iba a marchar a la cabeza del gran siglo que tiraría abajo el trono de los reyes absolutistas y que vería surgir y afirmarse una nueva concepción —fundada en la razón— de la sociedad humana.

Así, daba la espalda al mar, a ese mar que se alzaba tempestuoso o se extendía, calmo y azul, más allá de la gran bahía de Massachusetts, al mar que había soñado de niño. En Franklin, nativo de la ciudad marítima, el mar había ejercido siempre un prepotente reclamo, y él lo surcaría varias veces, contribuyendo de esta manera, más que ningún otro hombre de su tiempo, a unir el Viejo y el Nuevo Mundo, las dos márgenes del océano.

El libro

Aprender el arte de la tipografía no significó para el joven Benjamín abandonar sus lecturas; más aún, puede decirse que en aquel momento se inició el maravilloso proceso de autoeducación del cual hay pocos otros ejemplos en el mundo. "Desde niño", escribió más tarde, "estaba ávido de lecturas y el poco dinero que llegaba a mis manos lo gastaba en libros." Leía las obras de John Bunyan y las *Vidas* de Plutarco; Daniel Defoe y Cotton Mather, Locke, Jenofonte, Shaftesbury, Collins. Entretanto estudiaba. De noche, en su cuarto, a la luz de la vela, o los domingos en el taller. Esto no era fácil en Boston, donde reinaba la gazmoñería puritana y donde, por lo tanto, no era fácil evadirse de las muchas obligaciones del culto dominical, especialmente de los sermones; pero él *debía* encontrar el tiempo necesario: tiempo para perfeccionarse en inglés, tiempo para estudiar geografía, para lo cual se había procurado (haciendo grandes sacrificios) cuatro grandes mapas naturales; tiempo, además, para los primeros estudios experimentales de física práctica. Todo esto, inevitablemente, lo enfrentaba con las exigencias de la ciudad puritana y debía ser causa primordial de su divorcio espiritual de Boston y su mundo.

Mientras tanto el taller de James Franklin había comenzado a imprimir un diario, vivaz y batallador: el "New England Courant". En él daría el joven Benjamín sus primeros pasos como periodista. El "Courant" no tardó en chocar con la casta puritana que dominaba la vida de la ciudad; después de diversos conflictos, James Franklin se vio obligado a dimitir como firmante del periódico. Los que sostenían la publicación decidieron que ésta, para poder continuar, debería imprimirse con la firma del joven Benjamín Franklin, de 17 años. Si aquéllos pensaron que el joven, poco más que un niño, se limitaría a hacer de prestanombre, se equivocaron. La impronta de Benjamín Franklin en el "Courant" no tardaría en ser ostensible; rico en afable humorismo, el periódico comenzó a defender la causa del hombre común, a profesar aquellos principios igualitarios y democráticos que Franklin haría suyos para toda

la vida: "Adán", escribía el "Courant" después que Benjamín Franklin había asumido su dirección, "no fue nunca llamado Amo Adán; nunca leímos acerca del Caballero Noé, . . . ni del Honorable Abraham, Vizconde de la Mesopotamia, Barón de Canáan. No, no, ellos eran hombres sencillos, honestos pastores de pradera, que cuidaban sus familias y sus rebaños." Declaraciones como ésta llevaron bien pronto a Benjamín Franklin a chocar no sólo con la oligarquía puritana, sino también con su hermano James. Éste, dueño de la tipografía y nueve años mayor que él, no podía soportar ver la dirección del periódico totalmente en manos del muchacho. Benjamín se hubiera ido de buena gana, pero se encontraba ligado a James por un contrato de aprendizaje, y James no tenía ninguna intención de desprenderse de su aprendiz. Así, Benjamín Franklin se encontró frente a la primera decisión grave de su vida. El 16 de setiembre de 1723 se embarcó clandestinamente (gracias a la complicidad de un amigo) en una nave que partía hacia Nueva York y abandonó Boston. Dejaba para siempre la ciudad marítima, y aquella partida era algo más que una separación: era un símbolo. Benjamín Franklin abandonaba la tierra de la oligarquía puritana en busca de un mundo más vasto y más humano. Al mismo tiempo, abandonaba el mar por la tierra firme. A ella, al nuevo país que nacía bien radicado en el continente, dedicaría de allí en adelante sus energías y su vida.

Filadelfia

La primera ciudad donde la nave hacía escala era, como hemos dicho, Nueva York; allí desembarcó el joven Franklin, después de una arriesgada travesía durante la cual, entre otras cosas, habiendo quedado el velero inmovilizado por la falta de viento, la tripulación y los pasajeros se vieron obligados a pescar merluzas para poder comer. Nueva York era en aquel tiempo mucho más pequeña que Boston. Ciudad vieja, capital del desaparecido imperio holandés en América, no poseía más que una sola tipografía; y allí se dirigió Benjamín, confiando encontrar trabajo. El viejo propietario lo recibió con benevolencia, pero su respuesta fue negativa: no, no necesitaba un operario. Que fuera a Filadelfia, en Pennsylvania, donde su hijo tenía un pequeño negocio y Franklin encontraría trabajo. El viaje de Nueva York a Filadelfia gue, si es posible, aún más riesgoso; un huracán sacudió violentamente la nave, amenazando arrojarla contra la costa. Después, habiendo desembarcado en Long Island, Franklin debió recorrer a pie, bajo una lluvia helada, el camino que debía conducirlo al lugar de embarque hacia Filadelfia; finalmente, pudo seguir en un barco a remo, en el cual él mismo trabajó ayudando a la tripulación en la ingrata tarea. A la buena de Dios, logró llegar a Filadelfia cansado, hambriento y casi sin un céntimo. La ciudad era muy distinta de Boston. En realidad, Pennsylvania había nacido como consecuencia de un intento, único en la historia, de fundar una colonia, no con la violencia y la guerra, sino con la colaboración de los indígenas. Su fundador, William Penn, un cuáquero, había fumado la pipa de la paz con los pieles rojas, y había nacido la colonia: hospitalaria, puerto seguro para los secuaces de aquella secta mansa, amante de la paz política y de la tranquilidad doméstica. Más tarde, muchas cosas habían cambiado: su feliz posición había hecho de Filadelfia una ciudad importante. Su puerto estaba lleno de naves; desde el otro lado del océano habían llegado multitudes de inmigrantes, sin duda no todos cuáqueros. Pero el estilo que le había impreso Penn y sus colaboradores, se mantenía. Filadelfia ofrecía un espectáculo de serenidad que difería profundamente de la atmósfera tensa y casi fanática de Boston. Por sus amplias calles, en sus casas lindas y tranquilas, vivía una población trabajadora, respetuosa del prójimo. No existía allí ninguna oligarquía, ni menos aún una casta sacerdotal exclusivista como en Boston; no había tiranía ideológica; no se respiraba ese aire de intolerancia y de excomunión.

Después de una buena comida y de un mejor sueño, el joven Franklin pudo finalmente dirigirse al taller tipográfico que le había sido indicado; allí tampoco hubo trabajo. Pero no le fue difícil colocarse en otra tipografía, propiedad de un individuo viejo y escorbútico; así comenzó su nueva vida de trabajo. En poco tiempo se impuso su pericia y, al cabo de pocas semanas, pudo apreciar las ventajas de su nueva situación. Ya no era, como en Boston, un "jovencito" aprendiz, tiranizado y poco apreciado por su hermano mayor; era un obrero especializado, altamente calificado, en posesión de un excelente oficio, estimado y con una suma de dinero en el bolsillo.

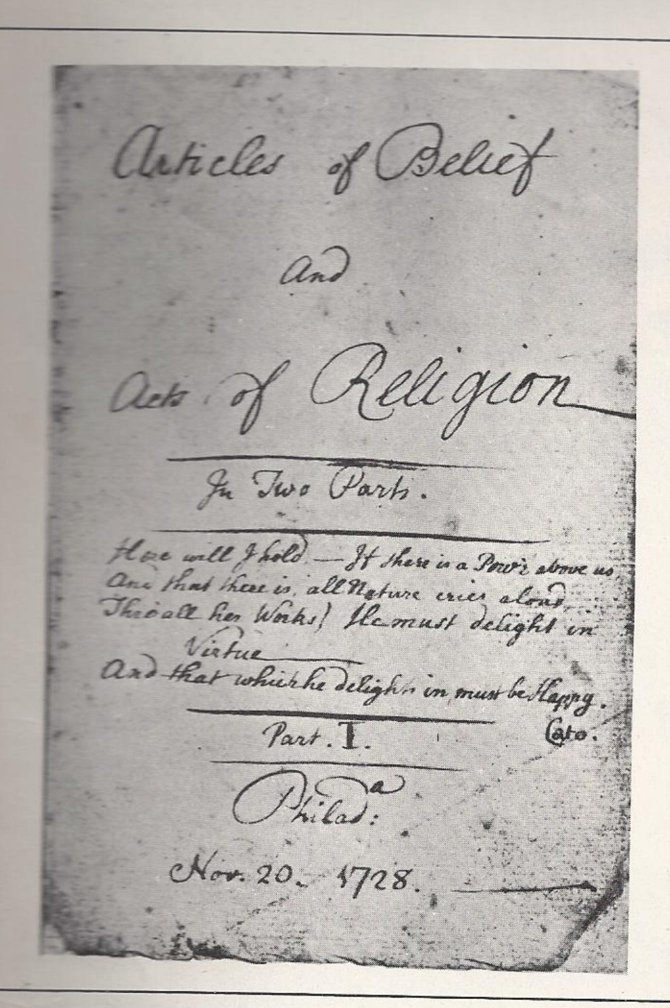
A poco, el renombre de su habilidad llegó a oídos del gobernador de la colonia, sir William Keith. Éste era un hombre vanidoso y charlatán, siempre en búsqueda de la popularidad fácil, y por lo tanto dispuesto a hacer grandes promesas que invariablemente olvidaba mantener; no obstante, este hombre tendría indirectamente parte activa en el destino del joven Benjamín Franklin.

Porque fue nada menos que el gobernador, acompañado por otro gentilhombre, quien se presentó un día a golpear la puerta del taller donde trabajaba Franklin: preguntó por él y le propuso directamente pasar a su servicio para fundar un establecimiento tipográfico gubernamental en Filadelfia. Benjamín debería dirigirse a Londres para adquirir directamente las máquinas e informarse sobre la mejor forma de organización. Que partiera enseguida: el gobernador le haría encontrar allí ayuda y dinero. Fue así que en el otoño de 1724, con apenas 18 años, Benjamín Franklin, después de haber saludado a Deborah Read su novia y futura esposa, subió a bordo de un bergantín que levó anclas y dirigió la proa hacia el océano. Sobre la afilada quilla de la nave que comenzaba a morder la espuma de las olas del Atlántico, en letras de oro, el nombre: "The London Hope".

El Viejo Mundo

La travesía fue larga pero buena. Algunas semanas después de la partida, el bergantín entró en la desembocadura del Támesis y ancló ante los espigones de Londres: era el 24 de diciembre de 1724. Franklin descendió velozmente a la gran metrópoli, llena de movimiento y vida. Pero pronto se desilusionó. Sir William Keith había faltado a su promesa una vez más: en Londres no había ni cartas de presentación ni dinero para Benjamín.

Franklin se encontró perdido en la ciudad inmensa y desconocida, sin perspectivas de retornar a América hasta la primavera del año siguiente. ¿Qué hacer? Si algo le había enseñado su experiencia era a no descorazonarse jamás. ¿No era acaso un obrero especializado, con un oficio que muchos podían envidiarle? Ya encontraría un taller tipográfico; y en efecto, lo encontró. A los pocos días Benjamín Franklin trabajaba como tipógrafo en Londres. Comenzaba de esta manera la primera de sus estadías europeas; pero lo que era más importante, comenzaba su experiencia internacional, aquella que haría del modesto y genial obrero de Filadelfia, un ciudadano del mundo. Inglaterra estaba en aquel entonces en la cúspide de su poderío y de su riqueza. La gran victoria sobre Francia durante la guerra de sucesión española y finalmente la derrota infligida a los ambiciosos objetivos del cardenal Alberoni, habían entregado la balanza de Europa en manos de la corte de Saint James. El hábil, dúctil y astuto Walpole, entonces primer ministro, dominaba la vida política: el parlamento sesionaba creando leyes para el que era el primer gobierno libre de Europa; una prensa experta, informada y rica circulaba dando al público un panorama de amplitud mundial. Los hombres libres perseguidos por sus ideas en otras tierras, encontraban refugio en la metrópoli británica; no mucho tiempo después, llegaría también Voltaire, que allí encontraría estímulo para sus cáusticas y revolucionarias *Cartas inglesas.* Al mismo tiempo, despedazados los monopolios de Francia y España en los mares, Londres se había convertido en el centro del comercio mundial. Portugal se había transformado en una colonia de la economía británica; España había suscrito el tratado del *asiento*, que confería el monopolio del infame pero lucrativo comercio de esclavos



Articles of Belief

and

Acts of Religion

In Two Parts.

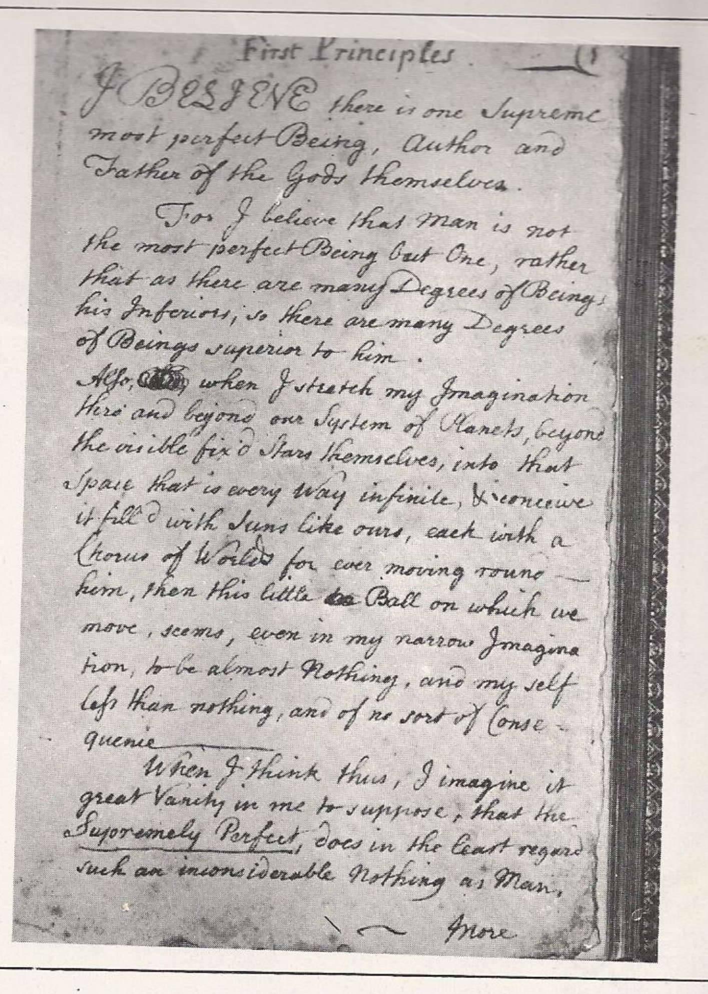
Here will I hold — If there is a Pow'r above us
(And that there is, all Nature cries aloud,
Thro' all her Works) He must delight in
Virtue
And that which he delights in must be Happy.

Cato.

Part. I.

Philad^a:

Nov. 20. 1728.



First Principles

I BELIEVE there is one Supreme most perfect Being, Author and Father of the Gods themselves.

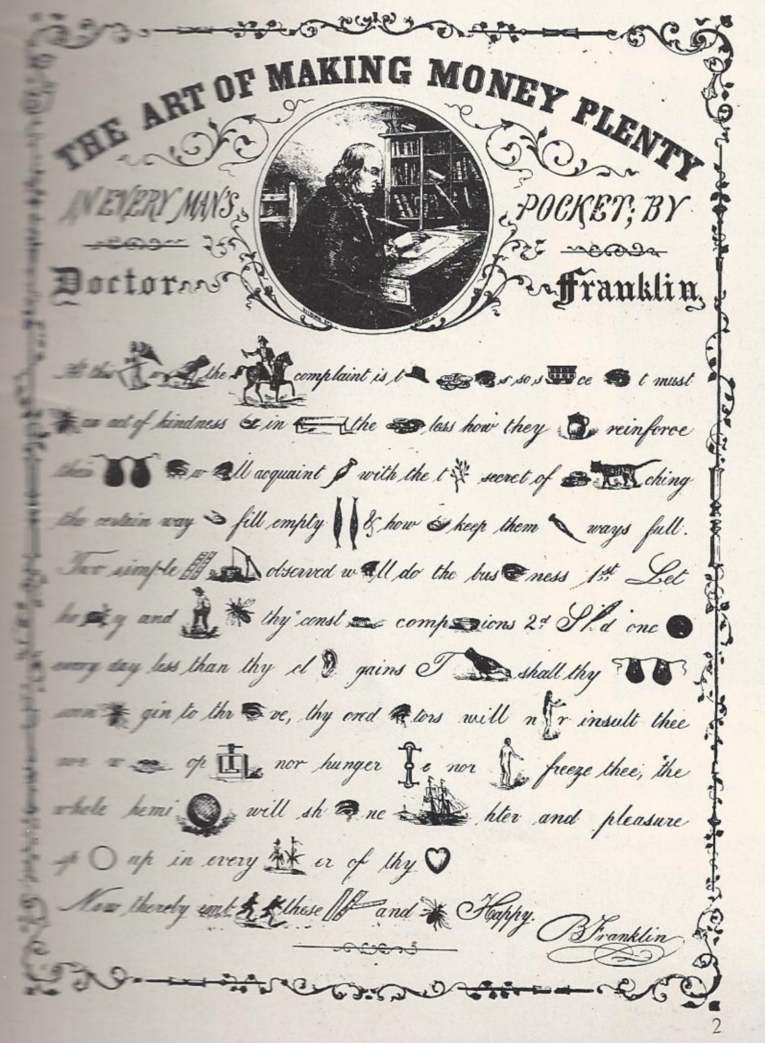
For I believe that Man is not the most perfect Being but One, rather that as there are many Degrees of Beings his Inferiors, so there are many Degrees of Beings superior to him.

Also, when I stretch my Imagination thro' and beyond our System of Planets, beyond the visible fix'd Stars themselves, into that Space that is every Way infinite, & conceive it fill'd with Suns like ours, each with a Chorus of Worlds for ever moving round him, then this little Ball on which we move, seems, even in my narrow Imagination, to be almost Nothing, and my self less than nothing, and of no sort of Consequence.

When I think thus, I imagine it great Vanity in me to suppose, that the Supremely Perfect, does in the least regard such an inconsiderable Nothing as Man.

More

1



2

Epitaph written 1728.

The Body of
B Franklin Printer,
(Like the Cover of an old Book
Its Contents torn out
And stript of its Lettering & Gilding)
Lies here, Food for Worms.
But the Work shall not be lost;
For it will, (as he believ'd) appear once more,
In a new and more elegant Edition
Revised and corrected,
By the Author.

3

1. Autógrafo de los Articles of Belief and Acts of Religion.
Biblioteca del Congreso, Washington D. C.

2. *Página del* Poor Richard Almanac.
Grabado en madera.
(Archivo Bettmann).

3. *El gracioso epitafio que Franklin escribió para sí mismo en 1728.*

1. *Llegada de Franklin a Filadelfia y encuentro con Deborah Read.* (Archivo Bettmann).

2. *Franklin al frente de su propia tipografía en Filadelfia* (Archivo Bettmann).



1



2

africanos a las naves de bandera inglesa. El océano Atlántico, el Índico, el Pacífico, eran recorridos constantemente por las naves británicas.

El joven Franklin era un ávido observador de este mundo, mientras trabajaba infatigablemente como tipógrafo. Continuaba con sus insaciables lecturas y aprovechaba cualquier posible contacto con pléyade de intelectuales, poetas, científicos que había en la metrópoli británica. Su *forma mentis* y su origen lo llevaban hacia el grupo de escritores más democráticos y hacia los hombres de ciencia; conoció a Bernard Mandeville, ideólogo de una democracia radical de tipo comunístico agrario; tuvo contacto con sir Hans Sloane, destinado a ser presidente de la Royal Society después de la muerte de Newton; leyó a Pope, Swift y Defoe, pero sobre todo las obras de Isaac Newton, que dominaba idealmente el mundo de la ciencia europea y al cual Franklin intentó en vano conocer, o al menos ver.

En la atmósfera de la metrópoli británica absorbía en tanto aquella ideología del deísmo que constituía el sustrato a partir de cuyo fermento nacería el iluminismo, y que sustancialmente llegaría a ser la filosofía permanente de Franklin, contribuyendo por una parte a mantener entre él y el ambiente de los iluministas franceses (entonces en formación) una perenne simpatía, un perenne contacto; pero al mismo tiempo manteniéndolo separado, diversificándolo de aquel mundo al cual él (a diferencia, por ejemplo, de Thomas Jefferson) no pertenecería nunca realmente. Tal vez se pueda decir que, salvo una maduración posterior de su pensamiento, Franklin permaneció toda su vida ligado al mundo del deísmo iluminista británico, modificándolo sólo en el sentido de un mayor democratismo. Además, es necesario recordar que Franklin pertenecía, por su edad, a la generación anterior a aquella de los grandes iluministas americanos, como lo fue justamente Jefferson. El primer libro que escribió y publicó Franklin (a su costa e imprimiéndolo realmente él mismo) en Londres, en 1725: *Disertación sobre la libertad, la necesidad, el placer y el dolor* fue sin duda inspirado en las ideas deístas. En él ya se delineaba esa filosofía del buen sentido común que llegaría a ser tan particularmente suya. Entre tanto, su posición en Londres había llegado a ser óptima y en 1726 un rico comerciante local, un tal Denham, le propuso ir a América como gerente de un gran negocio de ramos varios que tenía intención de abrir en Filadelfia. Era, por fin, la posibilidad del retorno, y Franklin no se hizo repetir la invitación. El 23 de julio de 1726 zarpaba de Gran Bretaña para regresar al Nuevo Mundo.

Ideólogo del Norte

La empresa comercial en la que se había embarcado Franklin no tardó en florecer. Había tenido que abandonar momentáneamente su oficio favorito, pero ¡qué tesoro de experiencia estaba adquiriendo en esta nueva actividad suya! ¡Cómo contribuiría ésta a modificar y a forjar su mente y, a través de la obra de su mente, los destinos del mundo! En poco tiempo aprendió a ser hábil y sagaz en los negocios, resuelto, rápido en el arte de aprovechar la ocasión. Estas nuevas cualidades suyas se fundaban en dos características que constituían, por así decir, el basamento moral de su espíritu: un sobresaliente sentido práctico y una sustancial bonhomía. En él se estaba formando de esta manera el prototipo del que sería el peculiar hombre de negocios americano, dotado de un ilimitado sentido práctico, hábil, pleno de iniciativa, también agresivo y dispuesto a luchar sin muchos escrúpulos cuando fuera necesario, pero sustancialmente honesto y generoso aun dentro de su naturaleza de luchador; optimista, propenso a hacer dinero, pero no ávido ni avaro; capaz de dar de buena gana para el bienestar de la comunidad. Todo esto mezclado con un ingenio excepcional, con un raro espíritu de observación, y sostenido por una sólida estructura física, exuberante y llena de vida.

También esta experiencia debía llegar a término. Su nuevo principal murió víctima de un mal inexorable y Franklin debió retornar a trabajar en el mismo taller tipográfico donde había hecho sus primeras armas en Filadelfia. Pero no por mucho tiempo. Por aquel entonces ya se había hecho de un sólido y afectuoso círculo de amigos; el padre de uno de ellos fue quien, depositando plena confianza en la capacidad de Franklin, adelantó los capitales para financiar una nueva imprenta en la que su hijo y Benjamín entrarían como socios, uno aportando el dinero y el otro el talento.

Fue éste el comienzo de la carrera de Franklin como editor, y también el comienzo de su nueva vida familiar, ya que en 1730 se casó finalmente con Deborah Read. En ese momento sus negocios prosperaban. Único propietario (el socio se había retirado bien pronto) de la tipografía más eficiente, más moderna y mejor dotada de la ciudad, administrador de la imprenta gubernativa, propietario de un rendidor negocio de libros, papel y periódicos, aparecía ante sus conciudadanos como el ejemplo acabado, la personificación del hombre de negocios, del emprendedor: "Yo me preocupaba no sólo de ser industrioso y frugal, sino de evitar toda apariencia de lo contrario. Me vestía con sencillez; y no se me podía encontrar en ningún lugar donde se perdiera el tiempo. No iba de pesca ni de caza; en verdad, a veces un libro podía distraerme de mi trabajo, pero esto ocurría raramente, era agradable y no provocaba escándalo; y para demostrar que no me daba aires, a veces llevaba a casa el papel que había comprado, tirando del carro por las calles."

Entre tanto, aquel espíritu de continua e inquieta iniciativa que luego él contribuiría a infundir a sus compatriotas, lo empujaba a nuevas aventuras: en octubre de 1728, antes de casarse, se había lanzado a la audaz empresa de fundar un nuevo periódico. Concebido en principio como un enorme —y en cierto modo pesado— apéndice enciclopédico, el periódico se había finalmente separado, y el 2 de octubre de 1729 apareció con aquel encabezamiento que no tardaría en convertirse en gloria de los anales del periodismo: "The Pennsylvania Gazette". En poco tiempo la "Pennsylvania Gazette" adquirió merecida fama. Franklin era su editor, impresor, director y articulista. Desde sus columnas difundía una ideología afable y moderada, pero con objetivos extremadamente claros. Tolerante en materia de religión, la "Gazette" era resuelta e implacable en lo que se refería a lo que era y más aún, estaba por llegar a ser, la gran batalla de la época: la defensa de la libertad de prensa. El 10 de junio de 1731, en un editorial escrito por Franklin, la "Gazette" adoptó una posición definida: sí, los periodistas debían respetar las opiniones de cualquiera, debían ser cautos, sinceros y despojarse de animosidades mezquinas; debían tratar de comprobar lo mejor posible la exactitud de sus propias informaciones; pero "si cada editor decidiera no publicar nada hasta tanto no estuviera seguro de no ofender a nadie, se editaría bien poco". No se podía ser más claro.

Al mismo tiempo la "Pennsylvania Gazette" comenzó la lucha en pro de un sistema económico más moderno, más adecuado a las exigencias de la nueva sociedad comercial que se estaba desarrollando en las colonias americanas del norte; y Franklin consideraba esta lucha tan importante, que le dedicó un opúsculo titulado *Moderna investigación acerca de la necesidad de una moneda de papel.* Oponiéndose a aquellos que aún defendían las viejas y obsoletas teorías del mercantilismo, según las cuales sólo los metales preciosos eran válidos como medio circulante, Franklin demostraba la gran utilidad para el comercio, el intercambio y las actividades económicas en general que reportaría la adopción de la moneda de papel. Aquí ya se delineaba la política económica tendiente a crear un régimen de inflación controlada, estimulante de los procesos productivos y de los intercambios, que llegaría a ser característica de las colonias (o más tarde Estados) americanos del norte, y que causaría tantos sinsabores en el sur agrícola, hasta desembocar, ciento treinta años más tarde, en un tremendo conflicto armado.

Porque sin saberlo, Franklin se colocaba cada vez más en la posición de ideólogo de una parte de las colonias británicas de



1





3



1, 2, 3. *Las experiencias científicas de Franklin.* (Archivo Bettmann).

4. *Franklin,* retrato de C. W. Peale. Philadelpia Historical Society (Archivo Bettmann).

América: las del norte, prevalentemente comerciales. Él no se daba cuenta y menos se daban cuenta sus contemporáneos, ya fueran del norte o del sur; pero la semilla de la ideología típica de la sociedad septentrional, fundada en el comercio, las finanzas y la industria (y como tal opuesta a la meridional, prevalentemente o, mejor dicho, exclusivamente agrícola) fue sembrada por él más que por cualquier otro. Aún no había llegado el tiempo en que esa semilla germinaría; por el momento, los colonos, tanto del norte como del sur, tenían más motivos de unidad que de desacuerdo.

En el interín, la actividad de Franklin había llegado a ser febril. Estudiaba idiomas, y en poco tiempo supo hablar italiano, francés, español y alemán. Esta característica de Franklin ha sido a menudo ignorada o desvalorizada, pero él, de este modo, proporcionaba a los americanos (y también a los europeos) una norma para los siglos venideros: la de rehuir el provincialismo miope, la de comprender y aceptar que una cultura no es tal si no es internacional y cosmopolita. Franklin se ubicaba así, cada vez más, a la luz de una cultura mundial. En esta línea se fundó en 1732 la "Philadelphische Zeitung", dirigida a los inmigrantes de origen alemán y que fue, incidentalmente, el primer periódico americano en esa lengua; en la misma línea podemos poner las traducciones y ediciones que fue produciendo de Cicerón, Defoe, Richardson, además de las *Constituciones de la Orden Masónica,* de la cual Franklin llegaría pronto a ser Gran Maestro, estableciendo así un vínculo entre esa orden y la clase de los hombres de negocios que estaba surgiendo en las colonias del norte.

Pero Franklin siempre pensaba en hacer más: la gente debía leer, había que difundir la cultura, y no todos poseían los medios para adquirir libros. En 1732, gracias a su impulso y al dinero recaudado por 40 suscriptores, se abrió en Filadelfia una gran biblioteca pública con libros adquiridos expresamente en Inglaterra. Franklin era, a esa altura, una figura de autoridad indiscutida, tanto en el mundo de los negocios como en el de la cultura de Pennsylvania. Había llegado el momento en que podía recoger sus opiniones en forma sistemática y dar a la ideología que había estado forjando una forma más caracterizada y definitiva.

El "Pobre Ricardo"

El 19 de diciembre de 1732 la "Pennsylvania Gazette" anunció la publicación de un nuevo almanaque: "Poor Richard", o sea "El pobre Ricardo", o "Ricardo el pobre", figura mitológica inventada por Franklin.

En realidad el almanaque apareció con retraso, pero en poco tiempo tuvo una gran resonancia. A partir de aquel momento el "Pobre Ricardo" se publicó año tras año, con su pillo afable y admonitor sin pedantería: modesto y hombre común . . . Sin embargo, la ideología que éste desarrollaba era bien precisa: "El que no posee riquezas, se posee a sí mismo"; "La avaricia y la felicidad no se han visto jamás: ¿cómo podrían andar juntas?"; "La riqueza no es de quien la posee, sino de quien la usa"; "Nada excepto el dinero, es más dulce que la miel"; "Comer para vivir, no vivir para comer"; "El que es rico no necesita hacer economía, y el que sabe hacer economía no necesita ser rico"; "Guardad para más adelante, o podréis encontraros más atrás"; "La mentira se tiene sobre una sola pierna, la verdad sobre dos"; "Los negocios no conocen amigos ni parientes"; "La peor rueda del carro hace más ruido"; "El acostarse y el levantarse temprano hacen al hombre sano, rico y sabio"; "Es mejor un huevo hoy que una gallina mañana".

Había en estas frases todo un modo de vida sugerido a sus conciudadanos. Burgués y *commonplace,* pero avisado y atento a los negocios, resuelto y sin cumplidos como comerciante, pero honesto, no ávido, no avaro, enérgico, lleno de iniciativa, lleno de espíritu de lucha y de conquista sin falsas ambiciones. Franklin trabajó incansablemente, durante años, a través del "Pobre Ricardo", haciendo el educador y el mentor de su gente. Pero como la semilla, sus consejos y sus exhortaciones quedarían sepultados en aquellos espíritus. Para que fructificaran harían falta muchos decenios. Por su parte, enseñaba ante todo con el ejemplo. A pesar del fracaso del "Philadelphische Zeitung", Franklin no se descorazonaba. Financiaba otros periódicos en otras colonias inglesas de América; en 1736 llegaba a ser funcionario de la Asamblea de Pennsylvania; en 1737 administrador de la oficina de Correos en Filadelfia; no desdeñaba el comercio de esclavos, él, el fundador de la ideología septentrional que un siglo después pondría al sud en la picota como "esclavista", olvidando completamente cuánto y cómo el comercio de esclavos había contribuido a enriquecer a sus progenitores. No se puede por cierto condenar a Franklin por este motivo: era la moral corriente de la época, y él pasaría más adelante a una abierta condena de la esclavitud, tanto desde un punto de vista humanitario como económico.

Al mismo tiempo intervenía en la vida pública, promoviendo la organización de la primera compañía de bomberos de Filadelfia, además de un cuerpo de guardias voluntarios para la custodia de la seguridad pública, trabajando activamente por la fundación (acaecida en 1744) de la Sociedad Filosófica Americana Intercolonial, destinada entre otras cosas a cimentar la unidad entre las colonias, cada una de las

cuales tenía vínculos con la madre patria, Inglaterra, pero no con las otras. Pero por sobre cualquier otra cosa quería difundir la filosofía del que era su gran ejemplo, del hombre que había deseado tanto, en vano, conocer, de Isaac Newton: la "filosofía natural", la ciencia de la naturaleza.

La lucha contra el rayo

En 1746 Benjamín Franklin se encontraba en Boston. Entonces había llegado a la metrópoli de Massachusetts, admirado y respetado, como el mayor orgullo de su familia. Allí fue que, casualmente, llegó a conocer los primeros experimentos que se estaban haciendo por aquel tiempo en Europa sobre el fenómeno nuevo y misterioso de la electricidad. Pronto su mente de indagador de la naturaleza se sintió estimulada. Ya en años anteriores, en Filadelfia, había demostrado su ingenio en el estudio de los fenómenos físicos y, sobre todo, al comprender las posibilidades técnicas implícitas en tal estudio: la invención de la estufa de tiraje forzado, llamada "estufa de Franklin", lo había probado. Pero ahora el nuevo fenómeno lo atrajo por completo. En poco tiempo su casa se llenó de *botellas de Leyden* (el primer sistema rudimentario para recoger y almacenar energía eléctrica antes que Volta inventara la pila), de varillas de vidrio y de materia resinosa. Lo atrajo el estudio de la electrificación (o sea de la inducción electrostática); en aquel tiempo habían llegado a distinguir dos "especies" de electricidad, llamadas una "vítrea" y otra "resinosa", y se había descubierto además que estas dos formas de electricidad eran antagónicas. Franklin se aplicó con pasión a los experimentos eléctricos, y en breve su extraordinaria capacidad de observación lo llevó a conclusiones a las cuales en Europa se estaba aún bien lejos de llegar, y a las que, en todo caso, él llegó independientemente. Intuyó que el fluido eléctrico era unitario y que las llamadas "electricidad vítrea" y "resinosa" no eran otra cosa que dos corrientes de signo contrario, que él comenzó justamente por señalar con los signos "más" y "menos", o con los nombres de "positiva" y "negativa"; pero habiendo realizado experimentos de electrificación con cuerpos de varias formas, Franklin no tardó en notar aquel fenómeno característico que hoy se conoce con el nombre de "poder de las puntas"; de aquí al descubrimiento de que acercando una a la otra dos puntas cargadas de electricidad de signo contrario se producía una chispa de poder variable, el paso fue breve.

Pero Franklin no era hombre que se limitara a trabajar encerrado en una habitación. Sin ser consciente de ello, seguía constantemente el consejo de Leonardo de Vinci: leer "en el gran libro de la naturaleza"; y así no tardó en observar la similitud existente entre el fenómeno del rayo y el de la chispa eléctrica que salta entre dos puntas. Ambos fenómenos tenían en común lo siguiente: emisión de luz, color de la luz, dirección en zig-zag, celeridad, conductividad a través de los metales, ruidos de explosión, tendencia a expandirse a través del agua o del hielo, capacidad de desgarrar los cuerpos a través de los cuales pasan, capacidad de matar seres vivos, tendencia a fundir metales, tendencia a encender las sustancias inflamables, olor sulfúrico. A partir de esto Franklin dedujo la identidad entre el rayo y la chispa eléctrica. Entonces dirigió todas sus energías a demostrarlo. Pero ¿cómo? Primero llevó a cabo elaboradas observaciones acerca del poder de las puntas. ¿Por qué no subir a un edificio alto sosteniendo una larga varilla de hierro por medio de una empuñadura aislante y ver si durante un temporal la varilla atraía al rayo? El principio era exacto, pero (por suerte para él) Franklin no realizó nunca tal experimento, que por cierto hubiera causado la muerte de quien lo hubiera intentado, ya que ninguna de las sustancias aislantes que se usaban en aquella época eran capaces de proteger a un ser humano del enorme poder eléctrico de un rayo; pero al mismo tiempo Franklin se había ya orientado en otra dirección. Había llegado a la conclusión de que el fenómeno del rayo derivaba del hecho de que las nubes cargadas de electricidad se acercaban a edificios o a colinas asimilables a puntas, lo cual determinaba la descarga. Estas ideas suyas aparecieron reseñadas en 1749 en una memoria, titulada *Opiniones y conjeturas acerca de la propiedad y los efectos de la sustancia eléctrica, basadas en experimentos y observaciones realizados en Filadelfia*. La memoria fue enviada a Londres a la Royal Society.

El resultado fue una desilusión. Los académicos londinenses, faltos del sentido práctico de Franklin, no demostraron mucho interés ni supieron ver la utilidad en aquellas extrañas ideas sobre extraños experimentos: la memoria no valía la pena ser publicada. Se podía, sí, imprimir un extracto, un resumen, pero no más. En conclusión, los amigos de Franklin publicaron privadamente la memoria en 1751, en tanto que la Royal Society no fue más allá de un resumen.

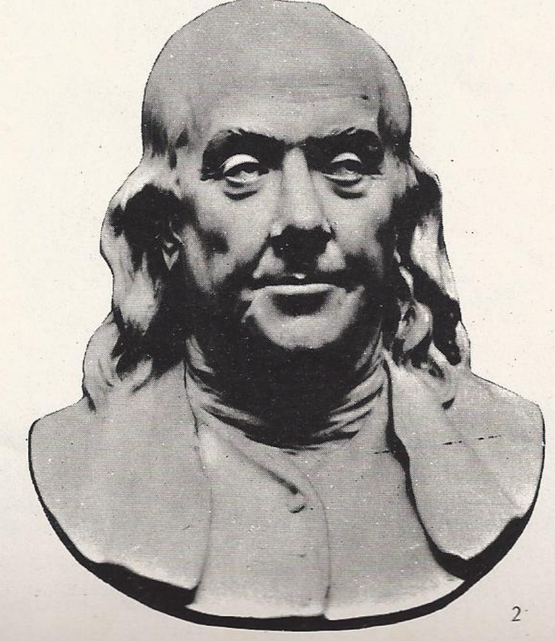
Al mismo tiempo una mala traducción de ésta había llegado a París, y allí la mente ecléctica y atenta de Buffon comprendió rápidamente su importancia. En 1752, por impulso del gran naturalista y de un grupo de científicos franceses que llegaron a interesar hasta al rey Luis XV, se decidió realizar un experimento. El 10 de mayo de aquel año el rayo se descargó a través de una altísima barra de hierro, terminada en punta, enderezada sobre un pedestal en un jardín en Marly; el 18 de mayo se repitió el experimento en París, con igual éxito. Era la victoria: en París, en Bruselas y ahora también en Inglaterra, el nombre de Franklin estuvo en todas las bocas.
Pero él no sabía que había alcanzado la celebridad. Las noticias atravesaban el Atlántico con lentitud, y en la lejana Filadelfia, Benjamín Franklin ignoraba aún que su nombre encabezaba las crónicas de Europa.
Ni siquiera estaba seguro, después de todo, de que su teoría encontrara confirmación en la práctica. Hacía falta experimentarlo; y si en Londres los académicos de la Royal Society no tenían intenciones de realizarlo, tanto mejor: lo haría él mismo.
Afortunadamente Franklin abandonó su primitiva idea, porque se le ocurrió que una cometa era mucho más fácil de construir que una poderosa barra de hierro: una simple cometa, formada por dos varillas cruzadas con un trozo de seda extendido encima y con una fina aguja de metal en una extremidad de una varilla. No sabemos el día ni el mes en que Franklin hizo el experimento; sabemos sin embargo (y podemos imaginar) la profunda emoción con que se dirigió a campo abierto y arrojó su cometa a los vientos en una tarde tempestuosa mientras estaba por desencadenarse un temporal.
El huracán soplaba sobre la llanura de Pennsylvania; pronto la cometa comenzó a subir; a los pocos minutos rozó las densas nubes que avanzaban al ras de las copas de los árboles. Pero nada sucedió. ¿Fracaso? Cuando ya casi Franklin estaba por abandonar el experimento, observó mejor la cometa y vio que algunos filamentos que colgaban de ésta estaban erectos y divergían tal como sucedía durante la electrificación. Entonces acercó los nudillos a una llave metálica que estaba fijada al hilo poco más arriba de la tierra: saltó una chispa.
Se había alcanzado la victoria: la identidad entre el rayo y la corriente eléctrica estaba probada.

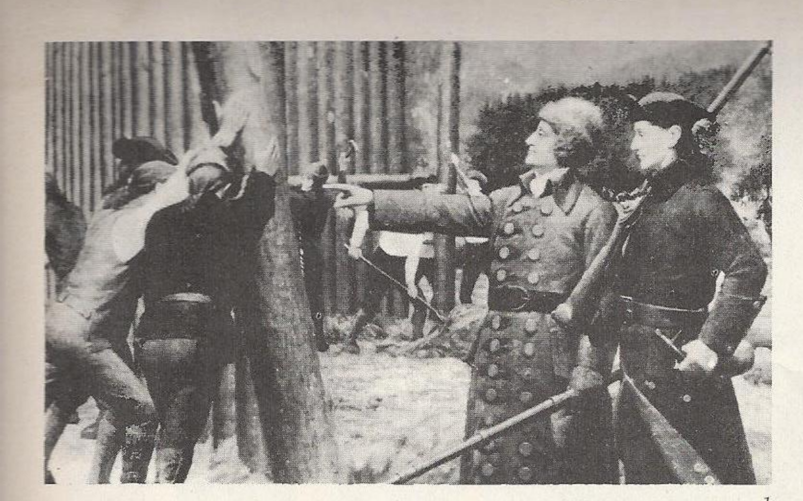
Entre tanto llegaban de Europa las noticis acerca de los experimentos realizados y, junto con éstas, la nueva de que la Royal Society (retractándose de su incomprensión) había decidido premiar a Franklin con una medalla de oro y, en mayo de 1756, nombrarlo miembro; la Universidad de Harvard, de Massachusetts, seguida de Yale (Connecticut) y del William and May College (Virginia), le conferían títulos académicos *ad honorem*. Desde Turín, Giambattista Beccania difundía el nombre de Franklin en todas las sociedades científicas italianas.

Pero Franklin ya estaba dedicándose a otros estudios, a otros experimentos. En primer término, al pararrayos. Abandonada la idea de una punta de hierro para controlar la electricidad atmosférica, Franklin pensaba ahora en erigir largas y puntiagu-

1. *El experimento de junio de 1752.*
(Archivo Bettmann).

2. Franklin, *busto de J. F. Houdon, 1778.*

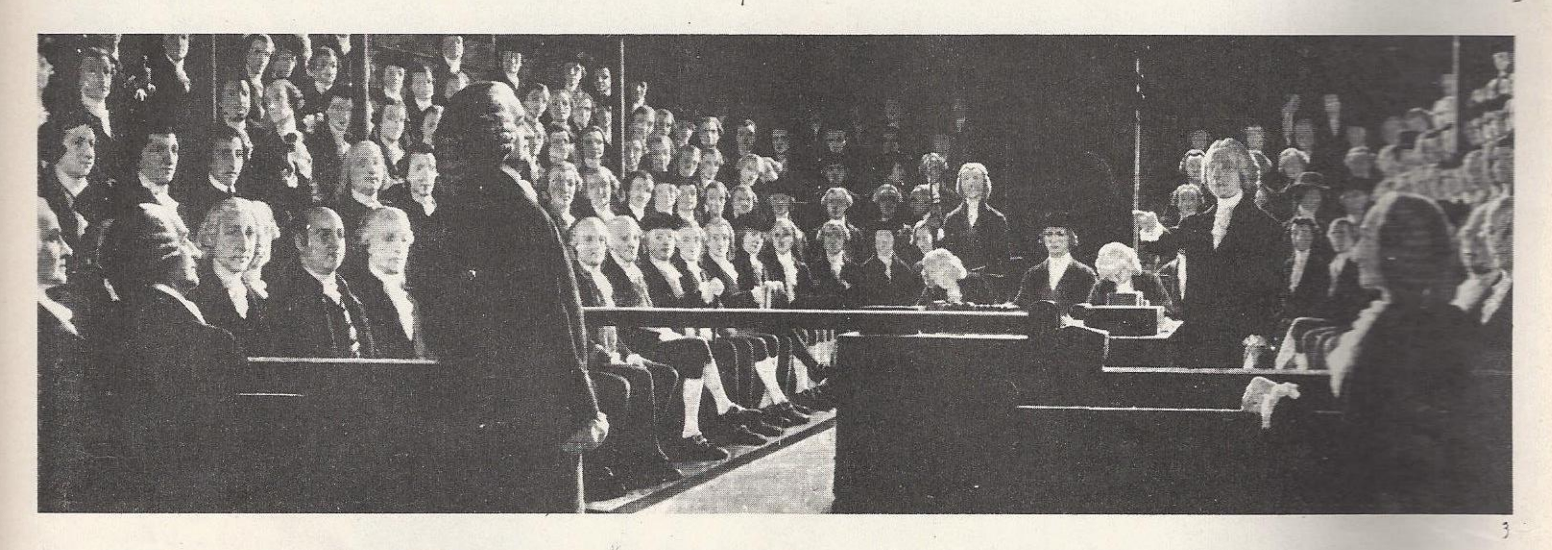

2



1



2



3

NC
NJ
NY
SC
V
NE
G
M
P
UNITE OR DIE

4

1. Franklin dirige las obras de fortificación, *pintura de Mills, Franklin Union, Boston* (Archivo Bettmann).

2. Con Washington en el campo de Cambridge. (Archivo Bettmann).

3. Franklin frente a la Cámara de los Comunes en 1776, *pintura de C. E. Mills, Franklin Union, Boston* (Archivo Bettmann).

4. El famoso dibujo de Franklin: unirse o morir (Archivo Bettmann).

En las páginas centrales: Franklin miembro de la Convención Constituyente en 1787 (Archivo Bettmann).

das astas de metal, ligadas a tierra por medio de hilos, en lo alto de los edificios o sobre los mástiles de los barcos, con el fin de provocar artificialmente la descarga y preservar así a los hombres del temido peligro del rayo. Rápidamente, tanto en Europa como en América, el pararrayos comenzó a difundirse. Altruísta y generoso en sus investigaciones científicas (que él, con típica mentalidad deísta veía dirigidas sólo al bien de la humanidad), Franklin rehusó patentar su invento o extraer de éste cualquier clase de beneficio.

Al mismo tiempo llevaba a cabo una serie de agudas indagaciones sobre la vida de los insectos y se dedicaba a un nuevo trabajo: una hacienda modelo que había comprado en Pennsylvania. Su agricultura era de un tipo completamente distinto al practicado en las colonias del sur. Franklin quería más bien forjar la figura del moderno empresario agrario, administrador de una hacienda agrícola-industrial, en la cual todos los descubrimientos de la ciencia, de la técnica y del comercio debían aplicarse con el fin de aumentar la producción: primer ejemplo de las grandes *farms* (granjas) americanas que no tardarían en desarrollarse en toda Pennsylvania.

Pero todavía antes de dedicarse a esta actividad se había aplicado a problemas bien distintos. Europa no estaba en paz, y no era sólo una contienda entre científicos la que dividía a Inglaterra y Francia. En 1738 se había firmado la paz de Viena por la cual los franceses, vencedores en la guerra de sucesión polaca, se anexaban toda la Lorena, ampliando sus propias fronteras hasta el Rhin. En Londres se habían alzado numerosas protestas, de la opinión pública, contra el gobierno de Walpole que quería la paz a toda costa ,en tanto permitía que resurgiera la amenaza de una hegemonía militar francesa en Europa. En 1740, después del estallido de una nueva crisis de sucesión en el Sacro Imperio Romano Germánico, Inglaterra se encontró en guerra con la Francia de Luis XV y contra España, aliada de ésta. En América las colonias francesas y españolas rodeaban a las inglesas por todas partes. Al norte, más allá de la Nueva Inglaterra, los franceses estaban en Canadá; al oeste de Pennsylvania, se extendían a lo largo de la cima de los montes Alleghany; el valle del Mississippi estaba totalmente en sus manos, hasta la gran ciudad de Nueva Orleans, capital de la Luisiana francesa. En el mediodía, es decir en Florida, los españoles amenazaban las colonias de ambas Carolina. La situación era seria y había que hacer algo antes que los franceses y los españoles hubieran invadido los territorios fieles a la Corona Británica.

Durante mucho tiempo, Pensylvania se consideró a buen seguro. La amenaza era lejana; en todo caso, los que corrían más peligro eran los colonos de la Nueva Inglaterra y del sur. Por otra parte, en Filadelfia los cuáqueros no querían ni oir hablar de guera y armamentos y la situación parecía darles la razón, ya que si bien la guerra amenazaba en otras partes, en Pennsylvania había tranquilidad.

Franklin no era de este parecer. Sabía muy bien que afuera, en el océano, los corsarios franceses y españoles acechaban; sabía también que llegaría un momento en que la amenaza se concretaría directamente sobre Pennsylvania.

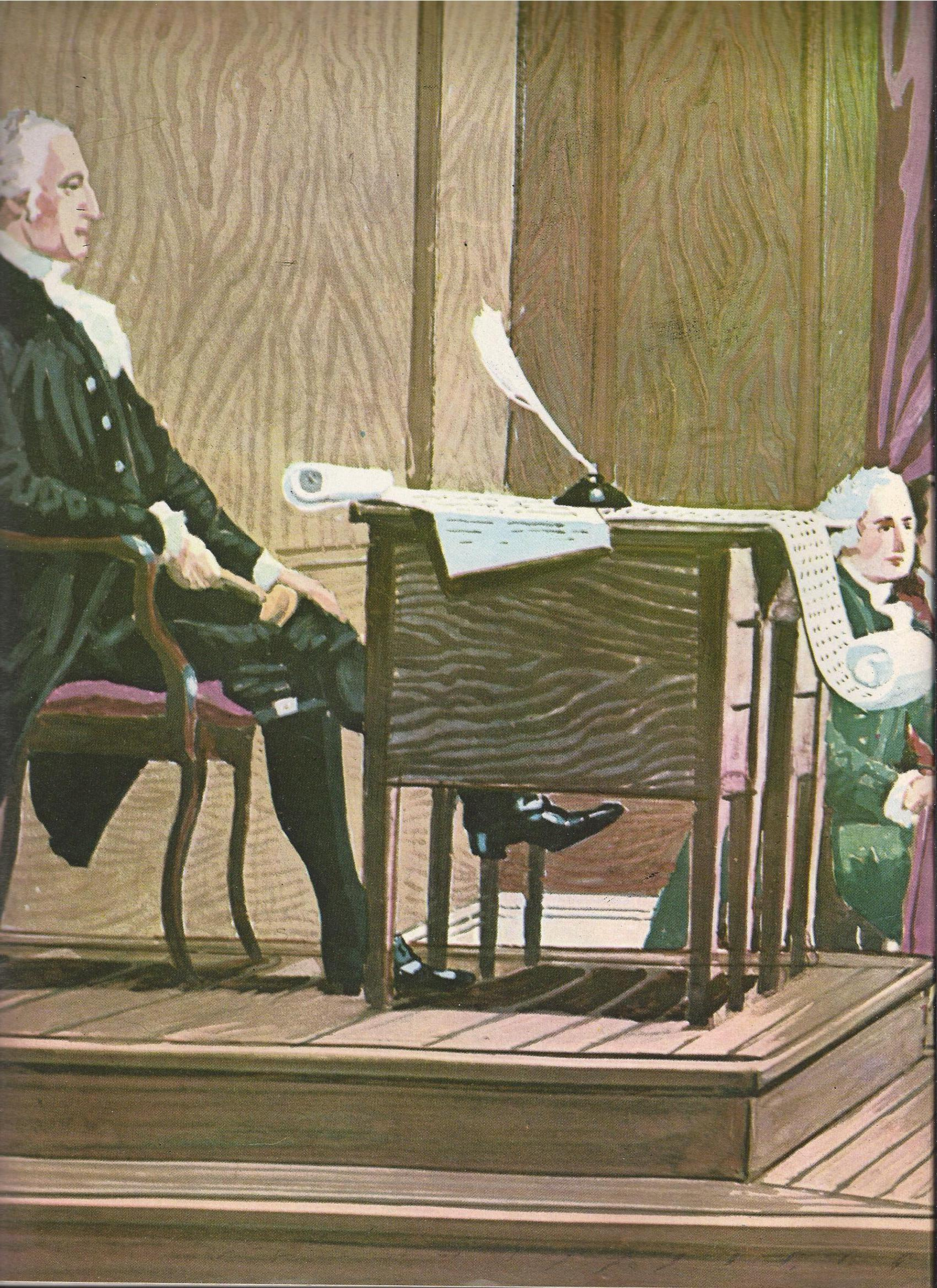
Este momento llegó en 1747. En aquel año, los corsarios franco-españoles entraron en la bahía de Chesapeake, se acercaron a las costas de Pennsylvania, saquearon e incendiaron dos plantaciones, capturando después una nave mercantil que estaba llegando de Antigua. ¿Qué hacer?

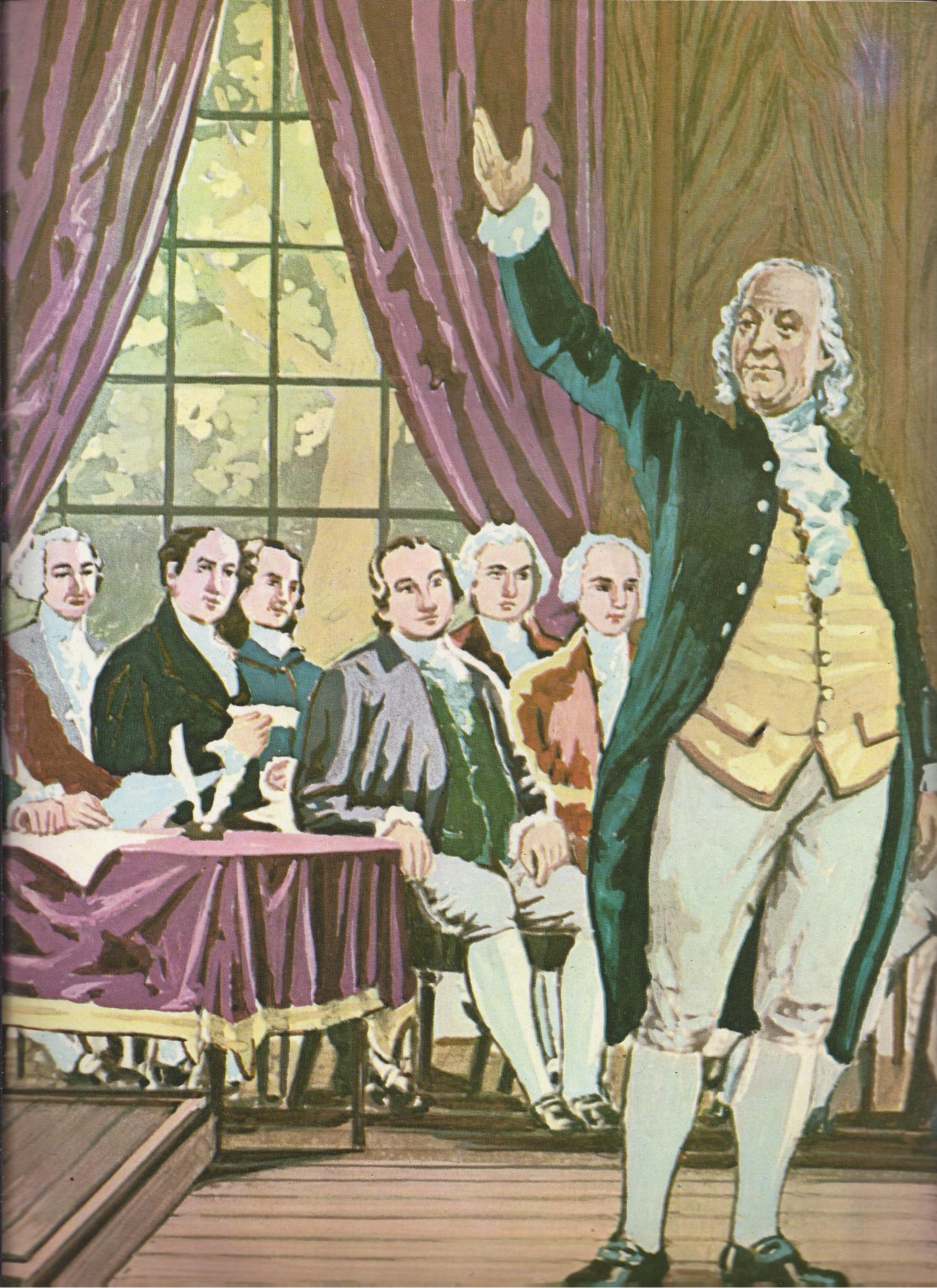
Franklin se sentó y tomó la pluma. En noviembre de 1747, mientras se comenzaba a hablar de un próximo asalto directo de los corsarios franceses y españoles contra la ciudad de Filadelfia, publicó un opúsculo en el que examinaba la cuestión y concluía que, aun respetando los sentimientos de los cuáqueros, los otros ciudadanos debían armarse y estar en cualquier momento listos para la defensa. Después de lo cual terminó invitándolos a un comicio para deliberar acerca de lo que debía hacerse. Finalmente fue posible llegar a un acuerdo para poner la ciudad en estado de defensa, pero afortunadamente, en 1748, en vez de la temida invasión, llegó la paz de Aquisgrán que dio fin al conflicto.

El científico se convierte es estadista

Si el surgimiento del hombre de ciencia a partir de la caparazón del comerciante ya fue de por sí sorprendente, aún más lo fue la maduración de Franklin estadista.

En realidad, en él todas las actividades eran paralelas; el hombre de negocios, el hombre práctico, no había cedido nunca ante el hombre de ciencia, y Benjamín comenzó a ejercer la función de secretario de la Asamblea local (y luchó por organizar una milicia popular, como se ha visto) ya en la época en que estaba proyectando y realizando el pararrayos. Como se ha observado con justeza, en él coexistían distintas personalidades que lo capacitaban para destacarse en campos tan distintos; y ésta es sólo una característica de este hombre extraordinario. Si bien su trabajo no tenía nada de febril y parecía estar siempre tranquilo, afable y sonriente, el conjunto de sus realizaciones era un prodigio: organización de la "Academia de Pennsylvania"; contribución a la fundación y a la organización del Hospital de Pennsylvania; creación de la primera compañía de seguros de América; contribución a la organización de la primera expedición americana al Ártico . . . Estaba en todas partes: apoyaba, alentaba, aconsejaba y, sobre todo, organizaba. Su







1. Benjamín Franklin (Archivo Bettmann).

capacidad creadora parecía inagotable; su misma calma lo hacía formidable, similar a una de esas fuerzas de la naturaleza que avanzan lentas e inexorables, que nada puede detener ni entorpecer.

En 1751 fue finalmente elegido diputado en la Asamblea donde había actuado como secretario. Comenzaba así su carrera de estadista, que sería la más afortunada, la más sorprendente, aquella que más que otra, lo elevaría a la notoriedad mundial y a la gloria inmortal.

Así se encontró sumergido en el arduo trabajo de la Asamblea. Pero no tanto que acallara en él el periodista, cáustico y mordaz. En aquel período Gran Bretaña provocaba la ira de los colonos de América, insistiendo en deportar hacia las colonias a sus propios galeotes, criminales y delincuentes comunes. ¿Cómo hacerla cesar? En un mordaz artículo, Franklin escribió con el seudónimo "Americanus", entre otras cosas: "En algunas zonas deshabitadas de estas provincias existe en gran número ese tipo de reptil venenoso que llamamos serpiente cascabel: son galeotes criminales desde la creación del mundo. Cuando los encontramos les damos muerte en base a una antigua ley: Aplastarás su cabeza. Pero como ésta es una ley sanguinaria . . . yo propondría humildemente que esta sentencia general de muerte se trocara en deportación . . . Se podría recoger anualmente algunos miles de estos reptiles y deportarlos a Gran Bretaña. Allí, yo propondría distribuirlos cuidadosamente en St. James Park, en Springs Gardens y en otros lugares de diversión de Londres; en los jardines de los nobles de toda la nación; pero especialmente en los jardines del primer ministro, del ministro de comercio y de los miembros del Parlamento, ya que nos sentimos particularmente endeudados con ellos".

En el mismo período, sin embargo, el gobierno de Londres confirió a Franklin una seria e importante responsabilidad: el cargo de director de correos para todas las colonias inglesas del norte de América. En realidad, hubiera debido compartir esta función con el virginiano Hunter, quien tenía que haberse ocupado de las colonias del sur, mientras a Franklin le aguardaba la gestión en las colonias septentrionales. Pero como Hunter enfermó gravemente y el cargo había sido conferido a ambos conjuntamente, Franklin debió hacerse cargo del grueso del trabajo. Y aprovechó su posición para transformar todo el servicio postal en un sistema unitario, desde el Maine hasta abajo, hasta los confines de Georgia; siendo ésta una nueva contribución suya a la creación de una conciencia unitaria en todos los colonos ingleses de América. Y ya comenzaba a escribir artículos y opúsculos para llevar adelante el proceso de unificación: proponía la creación de una oficina única para los asuntos locales, de un sistema común de defensa, de un sistema monetario y financiero común, delineando al mismo tiempo la función de la frontera como válvula de seguridad para la continua expansión demográfica.

Las colonias inglesas de América no tenían ningún vínculo entre sí; los colonos estaban habiuados a pensar en sí mismos como pennsylvanianos, o virginianos o ciudadanos de Nueva Inglaterra. La idea de una nación americana unida y homogénea les era completamente extraña. Pero Franklin miraba hacia el porvenir; había ya entrevisto el nacimiento de esta nación, sostenida por los vínculos de defensa, de transportes, de intereses comunes, y también había intuido la posibilidad de un futuro de expansión hacia la "frontera salvaje".

Pero por ahora había que pensar en defender la vida de Pennsylvania, más que en unirla con las otras colonias. En 1756 había estallado en Europa la guerra de los Siete Años, y en América había comenzado la batalla final entre franceses e ingleses por la posesión del continente. Desde el otro lado de los Alleghany los franceses presionaban sobre la colonia, amenazando convulsionarla. Las tribus piel rojas se habían apresurado a ponerse de parte del más fuerte (o del que parecía más fuerte) y existía la amenaza de que una insurrección general de los indios se uniera a la invasión extranjera. Era preciso organizar la defensa, armar a los ciudadanos; entonces el diputado Franklin no sólo dio todo su apoyo al surgimiento de las primeras reparticiones de milicianos de Pennsylvania: fue también su primer comandante. Sin embargo el país quería más de él: unos pocos milicianos armados no bastaban para detener a los franceses y a los piel rojas que asediaban por todas partes. Hacía falta partir, ir a Inglaterra y explicar allí las exigencias de los colonos, obtener ayuda antes que fuera demasiado tarde. El 4 de abril de 1757 Franklin zarpaba en su segundo viaje hacia Europa, pero esta vez con una nueva investidura: la de diplomático.

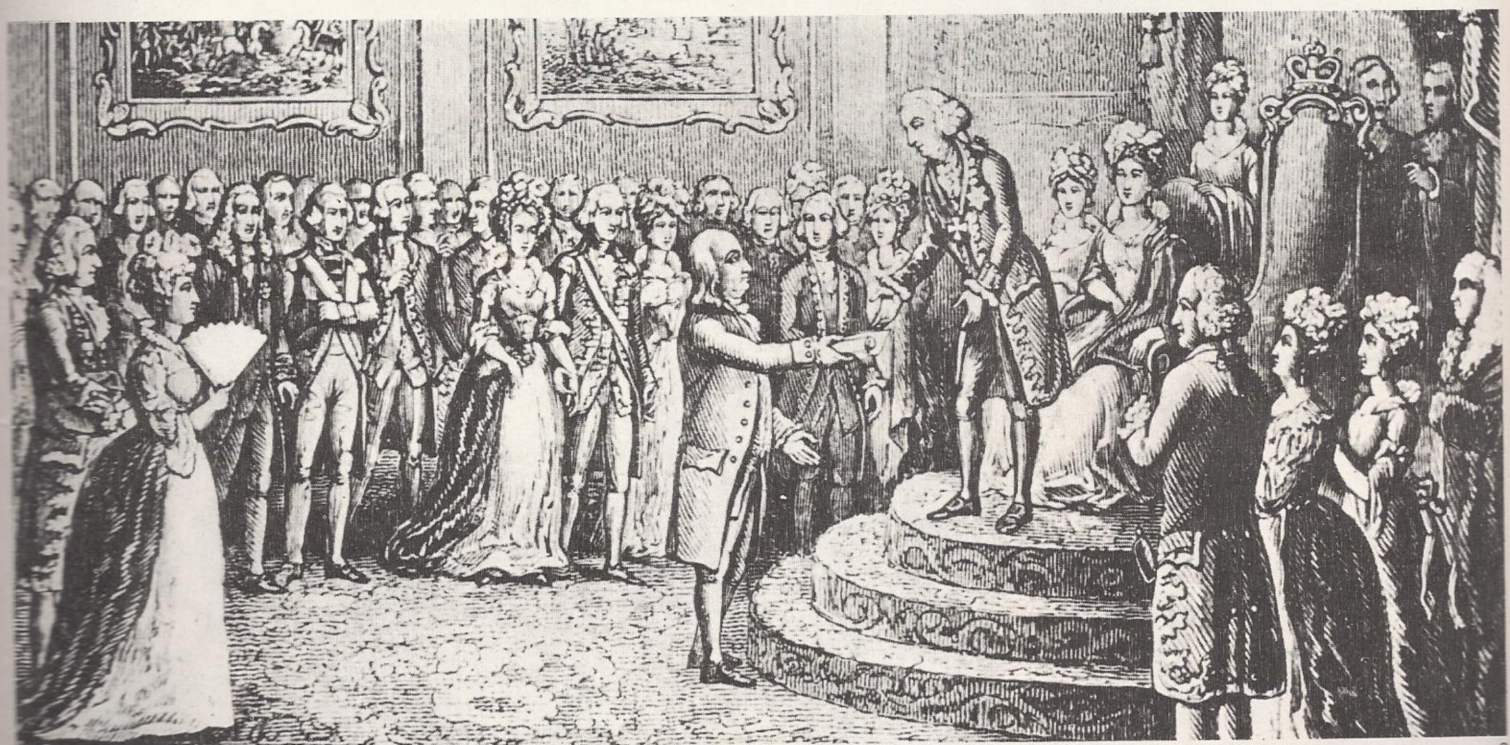
En realidad los colonos deseaban de Franklin que él, más que ningún otro, expresara en Londres su oposición a que el gobierno inglés condujera la guerra a expensas de ellos; pero Franklin, además, tenía otras intenciones. Pensaba demostrar claramente a los estadistas británicos la importancia de América, hacerles comprender que no le era útil a Inglaterra considerar aquel vasto continente sólo como tierra de explotación, ya que allí podrían realmente sentar las bases de una comunidad británica mundial. Pero para llegar a esto los estadistas de Londres tendrían que decidirse a considerar a los colonos no como una especie de sub-hombres explotables, sino como a verdaderos ciudadanos británicos, y a las colonias de América como un miembro de Inglaterra, de una Inglaterra más grande, con los mismos derechos. Esto era precisamente lo que los gobernantes bri-

tánicos no tenían intenciones de hacer. El conflicto entre las colonias y la madre patria se estaba volviendo inevitable.
Franklin no lo creía todavía. En un opúsculo volvió a la carga: "Cuando un gobierno es moderado y justo, cuando garantiza los más importantes derechos civiles y religiosos, los súbditos le son fieles y obedientes. Las olas se encrespan cuando sopla el viento". ¿Era ésta una advertencia? Franklin no lo dijo nunca. Entretanto se ocupaba en actividades científicas, viajaba a Holanda y a los Países Bajos austríacos, escribía a Giambattista Beccaria comunicándole acerca de algunos estudios suyos para mejorar los instrumentos musicales.
Finalmente, en 1762, partió de regreso a América. Las divergencias entre los colonos y el gobierno se habían atenuado y al año siguiente Francia, vencida en la guerra de los Siete Años, cedería todo su imperio colonial a Inglaterra. Nada amenazaba ya a los colonos, a menos que la amenaza viniera de la misma madre patria. A su regreso a Filadelfia, un período laborioso esperaba a Franklin.
La Asamblea lo eligió su *speaker* y pronto se encontró envuelto en un nuevo choque entre los colonos y el gobernador. Como se sabe, Pennsylvania había sido fundada por William Penn, y ahora era propiedad de sus descendientes: era una colonia privada, que dependía de la Corona sólo formalmente. Los Penn se habían transformado en una familia de explotadores y los colonos querían solicitar al gobierno inglés que asumiera directamente la administración de la colonia. En 1765 Franklin debió partir nuevamente para Inglaterra con el fin de obtener esto del parlamento británico. Pero los acontecimientos que estaban por precipitarse eran bien distintos y su nuevo viaje al Viejo Mundo lo arrojaría de lleno en la lucha que opondrían las colonias a la madre patria.

En efecto, ya al comienzo del año 1764 se había difundido en América la voz de que el parlamento inglés estaba por introducir (o por lo menos lo estaba estudiando) una ley sobre los sellos. En ese entonces los ingleses (y los colonos eran sin duda tales) gozaban del antiguo privilegio de no pagar tributo alguno que no hubiera sido aprobado por ellos mediante una asamblea libremente elegida. Pero los colonos no podían tomar parte de las elecciones para el parlamento de Londres; Inglaterra nunca había querido considerar a los colonos como parte del territorio nacional, y por lo tanto allí no había circuitos electorales ni posibilidad de que se presentaran candidatos, ni de votar. Sencillamente, los colonos (en cuanto eran residentes fuera de Inglaterra) perdían toda posibilidad de ser representados en el parlamento. A esta situación los colonos habían reaccionado considerando *de facto* sus asambleas locales como otros tantos parlamentos (al menos en lo que concernía a asuntos fiscales) y consideraban su deber solamente referido al pago de las tasas por ellas aprobadas. Se suponía que el parlamento británico no tenía poder para recaudar dinero más que entre los residentes en Inglaterra, es decir, entre aquéllos que podían elegir... Pero la introducción del papel sellado en todos los dominios de la Corona significaría que también los colonos (que ya pagaban altas tasas impuestas por sus propias asambleas) deberían pagar un impuesto aprobado por un organismo en el cual ellos no tenían voz, a cuya elección ellos no contribuían en modo alguno, y en el cual, por lo tanto, no tenían representación.
El gobierno británico, por su parte, no tenía ninguna intención de reconocer las asambleas coloniales como parlamentos. En Londres las consideraban despectivamente, como poco más que consejos comunales, los cuales no podían limitar de ninguna manera el área de poder del parlamento.
Cuando Franklin llegó a Londres, el texto de la ley de sellos había pasado del ministro Grenville a la Cámara de los Comunes. Alarmado, Franklin pidió ser recibido junto con otros representantes de las colonias. Lord Grenville fue cortés pero inflexible: las colonias tendrían que acatar la ley de sellos exactamente como la madre patria. Así la ley siguió su curso; fue aprobada por los lores y el 22 de marzo de 1765 recibió el sello real. Entraría en vigor el 1º de noviembre.
Franklin se había opuesto a la ley de sellos desde el principio. Su punto de vista era que el único medio posible para hacer que los colonos de América aceptaran una disposición semejante, consistía en permitirles elegir diputados al parlamento de Londres; pero, como hemos dicho, Londres no quería ni oir hablar de esto. Las colonias no eran ni debían llegar a ser parte de la madre patria: eran posesiones y seguirían siendo tales. Su única función consistía en proporcionar materia prima a Inglaterra y en comprarle a ésta su producción. De todas maneras, ahora que la ley de sellos había sido aprobada, Franklin sugería moderación, y al mismo tiempo que se iniciara una vasta acción con miras a obtener del parlamento la revisión de su decisión y la anulación de la ley. Franklin estaba lejos de América y es comprensible el hecho de que él mismo se sorprendiera cuando empezaron a llegar a Londres noticias según las cuales los colonos habían comenzado a efectuar clamorosas demostraciones de protestas; el 30 de mayo, en Richmond, Virginia, Patrick Henry había pronunciado un discurso ante la Asamblea de la colonia, reunida en la iglesia de San Juan, el cual había terminado con las célebres palabras: "¡Libertad o muerte!" Al poco tiempo hubo manifestaciones en todo el norte de América. La Asamblea de Massachusetts envió una carta a todas las otras colonias invitándolas a enviar representantes a un congreso a reunirse en Nueva York para decidir cómo actuar contra la ley de sellos. La invitación fue aceptada casi sin excepción, dando lugar a la primera asamblea intercolonial que se hubiera reunido jamás. Inglaterra, con su ley de sellos, había conseguido disgustar a toda clase de gente: comerciantes y hombres de negocios, periodistas (porque también los diarios y revistas, entonces llamados "almanaques", tendrían que publicarse en papel sellado), maestros, miembros del clero, campesinos, hombres de leyes, jueces. Mientras los representantes de las colonias se reunían en Nueva York, los comerciantes se declaraban en huelga, negándose a importar mercaderías de Gran Bretaña; los jueces, abogados y banqueros declararon que continuarían redactando sus oficios como hasta entonces, en papel simple; grupos de gente enfurecida asaltaron las oficinas financieras, destruyendo el odiado papel sellado. Estimulado por estas manifestaciones del pueblo, el Congreso de los representantes de las colonias, ya reunido, adoptó una serie de resoluciones por las cuales se afirmaba claramente que "ninguna tasa ha sido ni puede ser jamás impuesta constitucionalmente", si no lo es por "las asambleas locales". Era la proclamación abierta del principio constitucional que Londres se negaba a aceptar.
Desde allí, Franklin seguía atentamente los acontecimientos. En principio, se había inclinado por la moderación, pero ahora que había comenzado la batalla no podía echarse atrás. ¿Qué hacer? Con su habitual agudeza, había descubierto en seguida cuál era el punto débil de la fortaleza británica: eran los mercaderes, los hombres de banca y negocios que veían arruinarse su comercio transatlántico por culpa de la ley de sellos, ya que ésta había paralizado todo movimiento de mercaderías de y hacia América. Inmediatamente Franklin se puso a la obra. Con una serie de hábiles y sabios contactos subterráneos provocó que los mercaderes de todas las principales ciudades inglesas lanzaran un aluvión de peticiones para conseguir que la aborrecida ley fuera anulada, ya no en interés de los colonos de América, sino en el de la madre patria británica. Experimentaba así, por primera vez, su extraordinaria condición para organizar la opinión pública; a partir de aquel momento, ésta llegaría a ser en sus manos un arma formidable que, manejada con habilidad increíble, le valdría algunos de sus mayores éxitos diplomáticos.
Entonces, ante una presión tan poderosa, el parlamento británico comenzó a vacilar. Muchos diputados sostuvieron con Franklin una serie de intercambios de puntos de vista y, finalmente, el organismo máximo del imperio británico decidió llamar al americano para que expusiera ante los diputados los reclamos de sus coterráneos sobre la ley de sellos. El debate que siguió fue



1



2

1, 2. Franklin en la corte de Francia
(Archivo Bettmann).

1

1, 2. Franklin vuelve de Europa en 1785 (Archivo Bettmann).



2

largo y a menudo difícil pero Franklin supo exponer las posiciones de los americanos tan hábilmente, y al mismo tiempo con tanta lucidez, que no hubo duda posible. Poco después, la Cámara de los Comunes aprobaba la anulación de la ley de sellos. La primera crisis se había resuelto. ¿Qué sucedería ahora? ¿Sabría el gobierno británico comprender a los colonos mostrándose moderado? ¿O buscaría la ocasión propicia para hacerles morder su victoria? Sólo el futuro podría decirlo. Pero Franklin, durante el debate en el parlamento, si bien con moderación, les había hecho una advertencia: al preguntársele si no se estaría difundiendo en las colonias un sentimiento general de hostilidad contra la madre patria, había respuesto: "No, por ahora. Pero podría ocurrir en cualquier momento".

Las olas de la revolución

En América, las manifestaciones por la victoria en la lucha contra la ley de sellos fueron clamorosas. Los americanos ensalzaron al rey y al parlamento; por el momento pasó desapercibido el hecho de que los Comunes en el mismo instante en que anulaban la ley, declaraban por otra parte que se mantenía la prerrogativa del rey y del parlamento para "emanar leyes y disposiciones suficientemente fuertes y válidas que las colonias, en cualquier caso, deberían acatar sin discusión". Londres no había querido ceder en la cuestión de principio. Empezaron a presentarse otros problemas. Anulada la ley de sellos, quedó sin embargo claro que, para Inglaterra, la explotación colonial de América habría de continuar. Y como primera medida se crearon nuevos impuestos cuya intención era afectar a los americanos: impuesto a los cristales, a los colorantes, al papel, al té.

Mientras esto ocurría, Franklin se encontraba en Francia. Allí, donde el movimiento iluminista estaba entonces en pleno florecimiento, se le reservó una acogida triunfal. Se lo disputaron economistas, filósofos y científicos. Tuvo la posibilidad de conocer personalmente a los principales exponentes del pensamiento fisiocrático, y fue presentado al rey Luis XV. Pero no perdía de vista que se aproximaba una nueva crisis y que ésta sería peor. Apenas hubo regresado a Londres, tuvo la certeza de que ésta era grave. La política económica del gobierno amenazaba, en efecto, con poner nuevamente a las colonias de espaldas a la pared. Los americanos no podían ya importar vino, aceite y fruta directamente del Portugal; debían hacerlo a través de Inglaterra, lo cual aumentaba enormemente el precio de las mercaderías. Estaba prohibida la fundación en América de cualquier industria metalúrgica; los productos debían ser comprados a las fábricas inglesas; lo mismo en cuanto a sombreros y telas. Era claro que con una situación semejante la tempestad se desataría pronto otra vez; y no se hizo esperar mucho.

Ya la Asamblea del estado de Nueva York se había opuesto a las nuevas disposiciones y el gobierno de Londres la había disuelto; pero en todas partes crecía el boicot a las mercaderías inglesas. Peor aún: el 5 de marzo de 1770, en Boston, las tropas británicas hicieron fuego sobre los manifestantes, matando a cuatro personas. Se había llegado al punto de ruptura.

Por su parte, el parlamento inglés había dado marcha atrás, parcialmente, aboliendo algunas de las tasas más odiadas. Pero mantuvo la peor, la tasa del té. El 16 de diciembre de 1773, grupos de bostonianos asaltaron las naves cargadas de té llegadas de Inglaterra, arrojando todo el cargamento al mar.

Franklin había declarado que el episodio del té era un acto de violencia y lo había desaprobado, pero al mismo tiempo había puesto a Inglaterra en guardia contra los pasos en falso. La situación en América era peligrosa y no debía tomarse a la ligera. Entretanto había continuado su actividad de científico, y había estudiado con interés la gran corriente del Golfo, haciendo agudas observaciones sobre la temperatura del agua en la zona de la corriente; y también había considerado con atención la propuesta de los colonos de Virginia dirigida a todas las otras comunidades para organizar un comité de correspondencia con el fin de intercambiarse información acerca del desenvolvimiento de la situación. Esto era algo positivo, pensaba Franklin; pero, las colonias debían prepararse para organizar otro tipo de vínculos. Casi adivinando su pensamiento, en marzo de 1774, la Asamblea de Virginia propuso a todas las otras convocar un nuevo Congreso de representantes de todas las colonias a reunirse en Filadelfia. América estaba desembocando en el camino de la separación.

Después de otras vanas tentativas tendientes a conseguir del gobierno de Londres una conciliación, Franklin partió de regreso a Pennsylvania en la primavera de 1775. Apenas hubo llegado, la Asamblea local lo designó para ocupar una banca en el Congreso. El hombre de estado se convertía en revolucionario. En efecto, la revolución había estallado. Massachusetts estaba en estado de insurrección desde hacía meses. El 18 de abril de 1775, el general Gage, comandante de la guarnición británica en Boston, salió de la ciudad para desperdigar a las bandas de campesinos rebeldes que se habían agrupado en el pueblo de Lexington. Pero éstos, alertados por un bostoniano, Paul Revere, ya estaban en armas. Al llegar a Lexington, la columna británica encontró a los campesinos alineados en la plaza. Hubo una descarga y cayeron algunos hombres. Después los ingleses prosiguieron hasta Concord. Allí, al llegar a un riacho, encontraron el camino cerrado por otra banda de campesinos, mucho más numerosos y resueltos, que estaban del otro lado del puente de madera. El general Gage ordenó atacar y desde el otro lado del puente dispararon "el golpe que se oyó en todo el mundo". Rechazados después de un furioso combate, los ingleses se replegaron en dirección a Boston, hostigados constantemente por escuadrones de guerrilleros que los atacaban por todas partes. Por la noche, a Gage no le quedó otra salida que refugiarse en la ciudad y encerrarse en ella. Comenzaba así el sitio de Boston; el congreso continental, haciendo suya la acción de los campesinos, decidió en seguida la organización de un ejército voluntario y le otorgó el mando a un plantador virginiano que se había destacado en la guerra de los Siete Años: Jorge Washington. Franklin participó de aquel congreso y si bien, comúnmente es difícil convertirse en revolucionario a los 70 años, él se adhirió al sector más radical, que pedía la independencia de la madre patria de las colonias de América. Su experiencia londinense lo había persuadido de que con Inglaterra no había más nada que hacer. Londres no tenía ninguna intención de atender a los requerimientos de los colonos. Quería valerse por la fuerza y nada más. O a lo sumo, ganar tiempo sin hacerles ninguna concesión sustancial.

Nombrado por el congreso para presidir un comité destinado a organizar un sistema postal general, Franklin se entregó de lleno a la tarea, renunciando a su estipendio en beneficio de los combatientes revolucionarios heridos. Así fueron asignadas otras tareas al viejo estadista, que las asumía con juvenil energía: presidente de un comité para el salitre y los explosivos; presidente de otro para organizar la emisión del papel moneda; de otro más, por la seguridad de Pennsylvania. Estaba en todas partes, dirigiendo, sugiriendo, aconsejando, hasta diseñando él mismo los nuevos billetes de banco.

Pero la mayor capacidad de Franklin pudo ponerse de manifiesto recién cuando el Congreso lo nombró jefe de un comité para establecer y mantener relaciones con aquéllos que en Europa hubieran simpatizado con la causa de los insurrectos. Éste fue el embrión del futuro Departamento de Estado de los Estados Unidos de América. Inglaterra había ya dado los primeros pasos para internacionalizar el conflicto. Frente al mero hecho de que sus súbditos no se mostraban muy deseosos de enrolarse para la guerra de América, el rey Jorge III y el parlamento habían apelado a mercenarios alemanes, provenientes de Brunswick. Era hora de que el congreso se decidiera a jugar en el tablero internacional las cartas que tuviera a mano.

Francia no había demorado en entablar relaciones con los insurrectos. Después de la grave derrota sufrida a manos de Ingla-

terra y de Prusia en la guerra de los Siete Años, el gobierno de París (y principalmente sus hábiles ministros de Relaciones Exteriores, Choiseul y Vergennes) se habían preparado para aprovechar cualquier ocasión que les permitiera recuperar terreno en el ámbito mundial a costa de los rivales británicos. Un agente secreto francés, un tal De Bonvouloir, llegó a Filadelfia. Franklin se entrevistó con él a la noche, sin testigos. Los primeros coloquios fueron promisorios; pero a poco fue evidente que las colonias insurrectas se encontraban en una vía sin salida. En efecto, Francia no habría podido enviarles mercaderías (y especialmente armas, municiones y vestimentas) si los colonos no declaraban abiertamente que se proponían comerciar con cualquiera despreciando las disposiciones inglesas; pero afirmar esto significaba proclamar la propia independencia, y muchos, en las colonias insurrectas, no estaban todavía dispuestos a aceptarlo. Por otra parte, ¿cómo proclamar la independencia (y exponerse, por consiguiente, en caso de derrota, a perder todo sin remedio, ya que la proclamación significaría cortar toda posibilidad de repliegue) sin el apoyo seguro de algún poderoso estado extranjero?

Franklin (a diferencia de la mayoría del congreso) valoraba en toda su dimensión la dificultad de la situación. Entonces comenzó a tender lazos no sólo con Francia, sino con España y Holanda, que también estaban separadas de Inglaterra por rivalidades políticas, comerciales y económicas. Mensajeros especiales, convenientemente instruidos por él mismo, fueron despachados hacia Francia e incluso a Inglaterra para tomar contacto con cuantos apoyaban una política más blanda hacia los colonos. Así comenzó Franklin el admirable trabajo diplomático con el cual consiguió finalmente aislar a Inglaterra, y obtener para la revolución la ayuda que la empujó hacia la victoria.

Al mismo tiempo inició personalmente una misión mucho más difícil e ingrata. Se trataba de dirigirse al Canadá para persuadir a los colonos de lengua francesa que se unieran a la revolución. Franklin sabía que la misión era poco menos que imposible. Poco tiempo antes los insurrectos habían enviado un ejército al mando de Benedict Arnold, para intentar la conquista del Canadá. La expedición había fracasado y la población francesa y católica había aprendido a detestar a los insurrectos que se habían revelado turbulentos, saqueadores y animados de una mezquina gazmoñería protestante. La misión de Franklin estaba condenada antes de partir, no podía ser más que un fracaso y lo fue.

No obstante, también el fracaso de Canadá fue útil. Contribuyó a aclarar la situación a los ojos de los indecisos y de los incrédulos, y a demostrar que la única posibilidad de romper el aislamiento era la propuesta por Franklin y por el grupo más decidido del Congreso: reabrir el comercio exterior de las colonias con todos los países del mundo, llegar a proclamar abiertamente la separación de Gran Bretaña. No existía ninguna otra solución efectiva.

Entretanto la guerra se enardecía cada vez más. Las colonias del sur, las más combativas, habían infligido serias derrotas a los ingleses y Carolina del Sur había dispuesto que sus delegados ante el congreso proclamaran unilateralmente la independencia de la colonia, aunque los otros representantes no tuvieran intención de seguirlos. Entonces la Asamblea nombró una comisión compuesta por Franklin, Jefferson, Adams, Sherman y Livingston, encargada de redactar una declaración dirigida al mundo entero, en la cual se precisaran los motivos que guiaban a los colonos en la lucha insurreccional. Pero, ¿cómo debía ser, exactamente, la declaración? Harry Lee, representante de Virginia, lo dijo claramente al Congreso, desencadenando un pandemonio: las colonias de América se transformaban en estados libres e independientes. El texto de la Declaración fue redactado completamente por Thomas Jefferson; Franklin y Adams hicieron sólo algunas correcciones de poca importancia.

Por fin, después de un ardiente debate, el 4 de julio de 1776, el Congreso aprobó la Declaración de la Independencia.

Ahora sí podían ponerse a la tarea de obtener la ayuda del exterior que era indispensable para la victoria.

Diplomático de la revolución

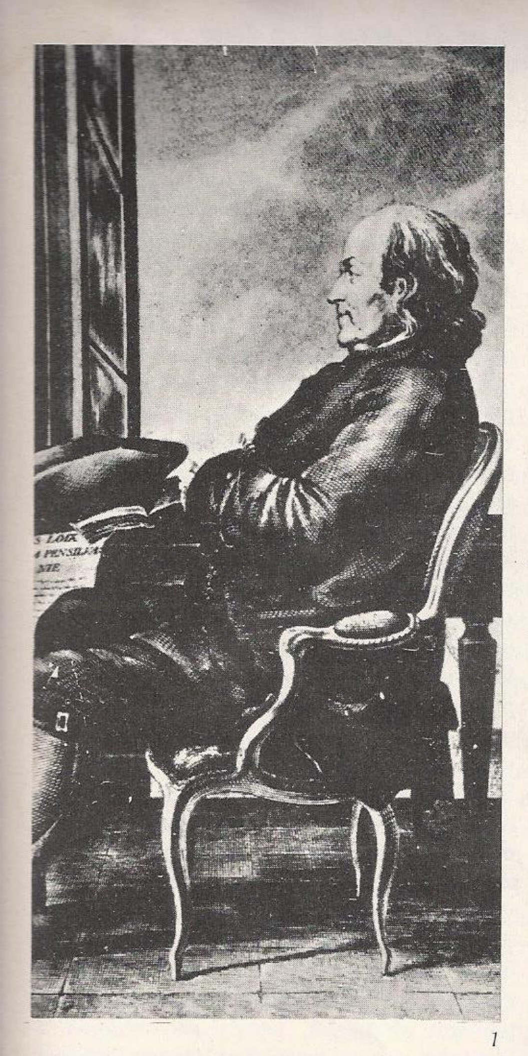
El juego del gobierno francés con respecto a la Revolución Americana era complejo y complicado. Y esto tenía antecedentes lejanos desde aquel 1763 que había visto el tratado de París por el cual la monarquía francesa vencida en la guerra de los Siete Años, había tenido que sufrir la humillación de dejarse arrancar por Inglaterra todas sus posesiones coloniales, salvo alguna modesta excepción. Ya el hábil e inteligente Choiseul, ministro de Luis XV, había seguido atentamente la controversia entre las colonias y Gran Bretaña a propósito de la ley de sellos, dispuesto a actuar para ayudar concretamente a una eventual revuelta en América que pusiera en peligro el imperio colonial británico. Finalmente la situación se había resuelto pacíficamente para gran desilusión de los franceses, pero habían seguido vigilando la situación, convencidos de que la calma no duraría mucho. En 1774 murió Luis XV; Luis XVI le sucedió en el trono, y en el mismo año, el ministro de Relaciones Exteriores, el astuto Vergennes, se dio cuenta de que al agudizarse la crisis americana, se le ofrecían a Francia nuevas ocasiones de intervención. Vergennes era muy cauto y no pensaba descubrirse por el momento. En París no había intenciones de embarcarse en una guerra antes de estar seguros de que el problema americano sería muy difícil para Inglaterra; los franceses no querían correr el riesgo de ver a los ingleses dominar fácilmente la insurrección colonial, para luego volverse con todo el peso de sus armas contra el arriesgado agresor europeo.

Vergennes envió a Londres a un agente secreto, que no era otro que el genial, cínico y sofisticado Beaumarchais. Éste, medio aventurero y medio cortesano, poeta refinado, diplomático hábil y astuto, no tardó en medir la inmensa gravedad de la crisis por la que atravesaba el imperio colonial de América. Demostrando un sorprendente sentido estratégico, Beaumarchais supo intuir que los ingleses, gracias a la preponderancia de su marina y de sus fuerzas regulares de tierra, habrían podido con relativa facilidad expugnar las grandes ciudades americanas de la costa atlántica pero que, una vez sucedido esto, los colonos en armas podrían retirarse tranquilamente al interior de su exterminado país, donde los ingleses ya no tendrían el auxilio de su flota y desde allí proseguir la guerra durante años y años. Por lo tanto Inglaterra (según la opinión de Beaumarchais) estaba empeñada hasta el cuello en América y difícilmente podría desenredarse; valía la pena, si no intervenir directamente en el conflicto, por lo menos ayudar de manera sustancial a los insurrectos, proporcionándoles combustible para mantener encendido el fuego.

Vergennes escuchó la opinión de su astuto emisario; después de lo cual, acompañado por Beaumarchais, se presentó ante el consejo del rey, presidido por Luis XVI, y expuso sus ideas. Allí tropezó con la oposición de otro hombre de genio, que con visión más aguda que la de Beaumarchais, supo intuir la parte negativa y los peligros de una intervención. Era el contralor general de las Finanzas, el gran economista Turgot, quien observó que lo que estaba verificándose en América era sólo el comienzo de una sublevación general contra el sistema colonial mismo y que, una vez que las colonias británicas del Nuevo Mundo conquistaran la independencia, sería muy difícil para Francia conservar lo que aún le quedaba de sus dominios de un tiempo; y para España defender el famoso imperio "donde nunca se ponía el sol". Turgot habría podido agregar que la victoria de las fuerzas democráticas y revolucionarias de América sería sólo el comienzo de una revolución más vasta contra el *ancien régime*, que terminaría por convulsionar a Francia misma, y que la corte de París, como el aprendiz de hechicero, se vería incapaz de dominar las fuerzas que ella misma habría ayudado a desencadenar: pero esto, por el momento, estaba oculto en el porvenir.

El Consejo, después de haber escuchado respetuosamente el parecer de Turgot, ter-

minó por dar la razón a Vergennes, que tuvo así libertad de acción.
Primero el ministro de Relaciones Exteriores francés solicitó y obtuvo el consentimiento de España, gobernada por una dinastía emparentada y ligada a Francia por el "Pacto de Familia", para llevar a cabo una acción común en favor de los rebeldes americanos. Como segundo paso se decidió crear una ficticia "compañía" franco-española, con el nombre de Rodrigo Hortalez & C., la cual seocuparía de la expedición de "mercaderías" no identificadas hacia América. En realidad el capital de la compañía estaría integrado en partes iguales por Francia y España, las cuales proporcionarían las "mercaderías" gratuitamente hasta el importe total de un millón de francos cada una. Detrás de las figura inexistente de Rodrigo Hortalez se escondía nada menos que el astuto Beaumarchais, quien, además, encontró la forma de conseguir beneficios personales haciendo pagar a los americanos . . . las "mercaderías" que él recibía gratuitamente de los gobiernos de Francia y España y reteniendo para sí el importe a cuenta de su molestia.
Al poco tiempo comenzaron a llegar los primeros cargamentos de fusiles y municiones a las colonias francesas de Martinica y Haití; de aquí, los corsarios americanos se encargaban de transportarlos al continente, desafiando el bloqueo inglés.
Aún si esto era mucho, no era bastante, por lo menos desde el punto de vista americano. El envío de armas podría servir para mantener encendida la revuelta; pero sin una ayuda militar de carácter sustancial los colonos no podían esperar la victoria. Vergennes, por su parte, no desechaba la idea de la intervención, siempre y cuando Francia se moviera cuando los colonos estuvieran encaminados hacia la victoria. Pero éstos no podían vencer sin la intervención directa de los franceses. Era un trágico dilema; al cual hay que agregar el hecho de que al comienzo de 1777, la noticia de la derrota sufrida por Washington en Long Island y de la consiguiente caída de Nueva York en manos inglesas, había enfriado el entusiasmo de Vergennes y de sus aliados españoles. Y esta fue la difícil tarea que la América insurrecta decidió confiar a Benjamín Franklin: que se dirigiera una vez más a Europa y empleara su extraordinario talento diplomático para salvar a su país. Oficialmente, debía negociar con Francia un tratado de comercio.
La situación que Franklin encontró en París era tal, que un hombre menos sabio y paciente que él se hubiera descorazonado. Espías en todas partes: el mucamo que lo atendía era espía, también lo eran los pretendidos amigos que invadían su casa con grandes protestas de simpatía y de ayuda (verbal) para la causa americana . . . Eran espías ligados a grupos de poder que no era fácil individualizar: eran ingleses, obviamente, pero también franceses, españoles o vinculados a intereses particulares. En cuanto a Vergennes, en privado se mostraba amistoso, pero en público frío y distante: no quería dar cuerda a las agrias críticas del embajador británico, quien por su parte había comenzado a inundar el Ministerio de Relaciones Exteriores francés con notas de protesta por los contactos con el emisario de los "revoltosos".
Pero Franklin, hijo de una tierra democrática, tenía en su arco flechas que los diplomáticos y espías de la Europa absolutista y oligárquica, habituados a actuar siempre y solamente en las altas esferas, no imaginaban y que no habrían sabido usar, vale decir la capacidad de tomar contacto directo con la opinión pública, esta nueva protagonista de la historia que los políticos de la era absolutista se obstinaron en ignorar. En Francia circulaban por aquel período las teorías "rousseaunianas" acerca de las virtudes del hombre simple y del "buen salvaje": y a los ojos de los franceses (que no sabían mucho de América) Franklin, si bien provenía de una ciudad grande y moderna y era un culto y refinado hombre de mundo, aparecía como la encarnación del "colono tosco", lleno de virtudes naturales simples y primitivas; y él, con finísima intuición, aceptó el rol y supo representarlo con tanta y tal habilidad, que al poco tiempo se había transformado para los parisinos en la auténtica personificación de un ideal. Durante la travesía del océano había usado, para defender su cabeza calva del frío, un gorro de piel: ahora comenzó a usarlo normalmente, además de usar anteojos, hecho extraordinariamente "primitivo" en la París del setecientos donde se usaba el refinado monóculo. Se convirtió en la encarnación real del viejo sabio del bosque, llegado para traer una ráfaga de aire puro a la corrompida y desencantada París. Franklin proseguía, riéndose para sí mismo, pero cultivando esta atmósfera: cuando llegara a ser realmente el ídolo de la opinión pública (y estaba llegando a serlo rápidamente), poseería una fuerza irresistible para tratar con el gobierno de París.
Y es que Franklin aplicaba una diplomacia nueva, la diplomacia revolucionaria, propia de una tierra que estaba construyendo el primer régimen democrático moderno; era la diplomacia que se apoyaba fundamentalmente en la opinión pública en vez de hacerlo en las intrigas de gabinete.
La presión de la opinión pública era necesaria: no para persuadir a Vergennes(quien por su parte no pedía otra cosa que intervenir directamente en la guerra); sino para mover al rey, que dudaba en sostener una revuelta en oposición a otro soberano, y a aquella parte de la nobleza que compartía tales aprensiones. Vergennes, como primer reconocimiento de la nueva popularidad de Franklin y de la causa americana, indujo al reluctante Turgot (quien sostenía, y en el fondo tenía razón, que las finanzas francesas no consentían el lujo de una guerra) a conceder una subvención secreta de otros dos millones de francos para los insurrectos.
Entretanto Franklin era recibido con entusiasmo en los círculos de tendencia liberal: Lafayette, el marqués de Noailles, el duque de La Rochefoucauld se lo disputaban. Y él, con premeditación y habilidad, aprovechaba la situación para tomar una nueva iniciativa: la de hacer partir secretamente para América los primeros voluntarios, que se ofrecían para empuñar las armas en el ejército revolucionario. Franklin le daba así a la revolución una impronta nueva, internacional, de lucha de todos los hombres libres contra la tiranía universal. Lafayette fue el primero; le siguió el barón prusiano von Steuben, que si bien era más un soldado aventurero que un combatiente de la libertad, significó un auxilio inestimable, porque transformó el ejército insurrecto, de una "canalla en armas" en un conjunto de verdaderos soldados.
En América, en tanto, todo parecía ir al revés. Filadelfia, la ciudad de Franklin, en manos de los ingleses; el Congreso en fuga; el general Burgoyne en marcha para aislar y cercar a Nueva Inglaterra . . . Después, de golpe, la gran noticia: el 17 de octubre de 1777, Burgoyne, violentamente contraatacado por los americanos, había sido totalmente deshecho, cercado y obligado a capitular en Saratoga. ¡Por fin una victoria! Si bien en América la situación continuaba siendo peligrosa, del otro lado del Atlántico todo estaba cambiando: a principios de diciembre Franklin recibió una invitación de Vergennes a los fines concretos de estipular un tratado de alianza.
El 6 de febrero de 1778 el tratado fue solemnemente firmado por Franklin y los representantes del gobierno francés: Francia ayudaría a las colonias de América a realizar la propia independencia; éstas tomarían parte por el gobierno de Francia en caso de hostilidad entre Francia y Gran Bretaña; las hostilidades no se interrumpirían ni se firmaría ningún tratado de paz hasta tanto Inglaterra no reconociera la independencia de las colonias americanas mediante un tratado; en el campo comercial, los Estados Unidos (que por el momento no se llamaban así) acordarían a Francia el privilegio de nación favorita, recibiendo el mismo trato.
El 20 de mayo Franklin se dirigió a Versalles para ser recibido por Luis XVI. Los hombres más ilustres habían concurrido para ver al embajador de la nueva república; y cuando apareció con un sencillo traje de terciopelo oscuro, sin espada, sin librea, se hizo un silencio lleno de respeto. Era el Nuevo Mundo que aparecía por primera vez como protagonista independiente y autónomo en el proscenio de la historia, y nada podía ser más impresionante que la simpli-



1

1, 2. Dibujos y grabados de la época que muestran a Franklin en distintas actitudes (Archivo Bettmann).

2



1

1. *Muerte de Franklin* (Archivo Bettmann).

cidad democrática y la dignidad con la cual él mismo se presentaba ante la corte dorada de la vieja Europa. Poco más tarde, arribó una flota francesa a la desembocadura del río Delaware y desembarcó, bajo la protección de sus cañones, el primer embajador francés acreditado ante el Congreso americano. Era la victoria diplomática, y era la condición para el triunfo militar de la revolución, porque Inglaterra se apresuró a declarar la guerra a Francia, la cual, por lo tanto, debió empeñarse a fondo en la lucha armada; al año siguiente España entró en el conflicto de parte de los americanos, poniendo sitio al peñón de Gibraltar y (sobre todo) abriendo el gran puerto de Nueva Orleáns, en la desembocadura del Mississippi, a los corsarios norteamericanos. Finalmente, el bloqueo británico, perturbando el comercio neutral, obligó a Holanda a entrar en la guerra en 1780, también de parte de los americanos. La lucha sería dura todavía y no faltarían graves desengaños; pero la intervención de un ejército francés en América, al mando del general Rochambeau, sostenido por una fuerte escuadra al mando del almirante De Grasse, terminó por minar la tenacidad de los ingleses: el 17 de octubre de 1781 el general lord Cornwallis se vio obligado a capitular y dejar Yorktown en manos de Washington y Rochambeau.

Comenzaba ahora la difícil tarea de negociar la paz; Franklin había tenido en aquel período una serie de encuentros personales con Voltaire, y se vio nuevamente comprometido a fondo. Era necesario hacer frente a las pretensiones de España, que sustancialmente trataba de sustituir a los ingleses en América; era necesario también disipar la desconfianza de algún plenipotenciario americano, como John Jay, con respecto a Francia y a Vergennes, que al fin de cuenta habían sido los aliados más útiles y más fieles a la palabra dada. El 3 de setiembre de 1783, en Versalles, se concertó la paz: la independencia de las ex-colonias de América era un hecho. Franklin, ya casi octogenario, podía retornar a su lejana tierra.

Estaba cargado de años y de gloria. Antes de la partida, le llegaron homenajes de todas las sociedades cultas de Europa; hasta Inglaterra quiso honrar con un regalo especial del almirantazgo al hombre que durante la guerra había dado orden a los corsarios americanos de no molestar de manera alguna a la expedición científica del capitán Cook. Interesado en todos los nuevos descubrimientos. Franklin pudo todavía presenciar las primeras ascensiones aeronáuticas que arrancaban gritos de admiración a nuestro Monti, haciéndole cantar el presagio de una nueva era:

¿Qué más te queda? Volar
¡También a la muerte el dardo
Y de la vida el néctar
Libar con Júpiter en el cielo!

Franklin compartía con el poeta el sentido premonitor implícito en tales experimentos; y encontró la forma de combatir con éxito a aquellos que sostenían la inutilidad de los mismos, pronosticando el gran desarrollo que la navegación aérea tendría en el futuro inmediato.
Finalmente el 28 de julio de 1785, al despertarse a bordo de la nave en la cual se había embarcado la noche anterior, subió al puente y vio que estaba en pleno océano. Detrás, Europa había desaparecido ya. No la volvería a ver más.

En el timón del Estado

La recepción que le brindó Pennsylvania fue grandiosa. Al poco tiempo de su regreso a Filadelfia fue elegido presidente de la República de Pennsylvania, y no tardó en demostrar que no pensaba considerarlo un cargo honorífico. Bajo su influencia, el código penal fue mejorado: abolió los azotes, la picota y otros castigos inhumanos, limitando la pena de muerte a contados y gravísimos casos. Al mismo tiempo se desarrollaron vastos planes de construcción. Pennsylvania. ¿Qué llegaría a ser? ¿Podía acaso concebirse su vida en forma aislada, desarraigada de las otras repúblicas que habían combatido juntas en la guerra de la independencia? El mismo problema se planteaban en aquel momento grave en el cual se decidía el destino de América, los hombres más autorizados de todos los estados independientes. La Confederación que había unido a las ex-colonias en la lucha era muy débil para mantenerlas unidas todavía. Se requería algo nuevo. Y así, a fines del 86 se convocó una Convención constituyente; Franklin, ya octogenario, fue uno de los representantes de Pennsylvania.
La Convención constituyente tropezó con un grave motivo de controversia: la cuestión era que, si en el futuro parlamento federal, los Estados tendrían un peso proporcional a sus habitantes, los Estados más pequeños serían aplastados. Si por el contrario se impusiera la igualdad de representantes, los Estados grandes se sentirían defraudados. La Convención se encontraba en un punto muerto y no se encontraba una salida.
In extremis se nombró un comité especial, a cargo del viejo Franklin. Bajo su hábil dirección se logró finalmente la fórmula salvadora: los Estados tendrían representación proporcional en la Cámara y representación igual en el Senado. La dificultad fue superada. Las deliberaciones prosiguieron sin tropiezos y el 17 de setiembre de 1787 se firmó la Constitución de los Estados Unidos.
Entonces Franklin, siempre consagrado al gobierno de Pennsylvania pudo pensar un poco en sí mismo. Terminó e hizo publicar su célebre *Autobiografía*; preparó su testamento, dejando una elevada suma a una fundación destinada a estimular a los jóvenes obreros a perfeccionarse.
Desde hacía un tiempo estaba enfermo de cálculos y sufría intensamente; y a esto se le agregó un enfisema pulmonar, resto de dos viejas pleuritis. Durante un tiempo luchó contra el mal; pareció inclusive que se reponía; después, suavemente, se apagó el 17 de abril de 1790. Tenía ochenta y cuatro años.

Toda América lo lloró y en primer término toda Filadelfia, que quiso acompañarlo en masa a su última morada. El Congreso de los Estados Unidos decretó un mes de duelo; en París, la Asamblea constituyente decretó un duelo de tres días, propuesto por Mirabeau. No sólo América, sino Francia, Europa, el mundo entero, sintieron la gran pérdida. Pero también comprendieron que cuando muere un benefactor de la humanidad, su herencia perdura a través de los siglos. No efímera, como los imperios de los conquistadores y de los tiranos, sino eterna; perenne lámpara para alumbrar las tinieblas, fuente de calor, de luz, de civilización para las épocas por venir.

Bibliografía

Obras de Franklin:

La mejor edición de los escritos de Franklin es:

The Wrintings of Benjamin Franklin, a cargo de A. H. Smith, Nueva York, 1905-1907, 10 volúmenes.

No obstante, en esta colección, de mucho valor, faltan varios escritos fundamentales. Con respecto a éstos, ver:

"The Sayings of Poor Richard". The Prefaces, Proverbs and Poems of Benjamin Franklin, originally printed in Poor Richard's Almanacs for 1733-1758, a cargo de P. L. Ford, Brooklyn, (Nueva York), 1890.

En cuanto a la Autobiografía, la edición crítica mejor y más completa es *Benjamin Franklin's Autobiographical Writings*, a cargo de C. Van Doren, Nueva York, 1945 (últ .ed., 1952). En español editada en México por Grijalbo.

Obras de carácter general sobre la época de Franklin:

a) Sobre el período colonial:

P. Muret, *La préponderance anglaise*, París varias ediciones; *The Cambridge History of the British Empire*, Cambridge (G. B.), varias ed.; R. Luraghi, *Ascesa e Tramonto del colonialismo*, Torino, 1963.

1. B. Franklin, *retrato de Duplessis París, Museo Carnavalet (SEF).*



1. Benjamín Franklin.
(Archivo Bettmann).



1

b) Sobre el período pre-revolucionario y revolucionario:

A. de St. Léger y P. Sagnac, *La fin de l'ancien régime et la Révolution americaine*, París, varias ediciones.

Biografías de Franklin:

La mejor biografía de Benjamín Franklin sigue siendo: C. Van Doren, *Benjamin Franklin*, Nueva York, 1938 (hay traducción en español, Bs. Aires, Zamora). También son útiles: S. F. Bemis, *The Diplomacy of American Revolution*, Nueva York, 1935, esencial para estudiar la obra de Franklin en París y antes; L. J. Carey, *Franklin's Economic Views*, Garden City (N. J.), 1928; V. W. Crane, *Benjamin Franklin, Emglishman and American*, Baltimore, 1936; M. R. Eiselen, *Franklin's Political Theories*, Garden City (N. J.), 1928; H. W. Schneider, *The significance of B. Franklin's Moral Philosophy*, Nueva York, 1952.

En lo que refiere a las contribuciones de Franklin en el campo técnico y científico ver el amplio estudio de I. B. Cohen, *Benjamin Franklin*, México, Herrero; A. Wolf, *History of Science, technology and philosophy in the eighteenth century*, Londres, 1952; E. T. Whittaker, *A. History of Theories of Ether and Electricity*, Edimburgo, 1951; y la gran *Storia della tecnología*, en vías de publicación por el editor Boringhieri de Turín.

El fascículo Nº 39 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Solon

El primer "político" de Occidente fundador de un nuevo tipo de gobernante y de ciudadano.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!



Publicación semanal

*

eriódicamente
y por una suma
nuy accesible -
Jd. podrá
canjearlos
oor magníficos
olúmenes
encuadernados.

Están en venta
odos los números
anteriores
oara formar
a colección
completa.

Conserve y coleccione
los fascículos de
LOS HOMBRES de la historia
en perfecto estado *

Precio de venta				
	ARGENTINA: $ 120.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU:
	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO:	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90